

El Motín



Año XXXIII

Madrid, Jueves 24 de Abril de 1913.

Núm. 17.

LA MONARQUIA

Fragmento

Es inútil dorar la apostasía de ciertos hombres. No caben, no, transacciones con la monarquía; es el último vestigio del régimen de las castas, y no es posible admitir este régimen. La monarquía es la negación de la soberanía del pueblo, y del pueblo deriva todo poder legítimo para el que no reconozca en Dios la fuente del poder público. La monarquía expone a los azares del nacimiento la suerte de las naciones, y la suerte de las naciones no es para expuesta a tan graves peligros. La monarquía es la subversión de las leyes de la naturaleza, y no puede ser racional ni admisible lo que a las leyes de la naturaleza se oponga.

Régimen de las castas es vincular el poder en una familia. Negar la soberanía del pueblo, es erigir en soberanos a los reyes. Fiar a los azares del nacimiento la suerte de las naciones, es exponerlas a que hoy las rija un hombre de talento y mañana un imbécil; hoy un hombre de generosos sentimientos, y mañana un hombre de depravados instintos y aviesas pasiones. Subversión de las leyes de la naturaleza, es que el hijo, sólo por ser rey, mande en sus progenitores. Subversión de esas leyes es que quien por código alguno del mundo puede administrar sus propios bienes, rija y administre dilatados pueblos.

El año 1846 era presidente del Consejo de ministros el marqués de Miraflores, y reina de España Isabel II, que tenía a la sazón dieciséis años: contaba el marqués con gran mayoría en las Cortes, y no tenía en contra ni la opinión ni la prensa; D.^a Isabel le miraba, sin embargo, con desvío, y ya se oponía a los proyectos que le presentaba, ya a la sanción de las leyes. En vano el marqués obtuvo en el Congreso un voto de confianza: Isabel le exigió que disolviera inmediatamente las Cortes y le obligó a dimitir el cargo. No bien dimitió el marqués, pareció en palacio Narvaez.

Así obran los reyes a los diez y seis años. Hay, entonces, un consejo oficial y público, el Consejo de Ministros; y otro Consejo particular y secreto, el Consejo aulico. ¿Cómo no, si es imposible que mozos de tan corta edad conozcan los negocios del Estado y por sí los resuelvan?

Jamás podríamos nosotros transigir con la monarquía. Nos lo vedarían, no sólo nuestros principios democráticos, sino también la razón, el sentimiento de

nuestra propia dignidad, y aun el de la agena. Somos republicanos, no sólo por convicción, sino también por temperamento y por carácter.

F. PI Y MARGALL

El Padre Mir contra la Iglesia

Los libros póstumos

HISTORIA INTERNA DOCUMENTADA DE LA COMPAÑIA DE JESÚS.—Madrid. 1 np. de Jaime Ratés Martín, Plaza de San Javier, 6.—1913.—Precedida del opúsculo *¿Se puede hablar de los Jesuitas?*, y seguida de tres apéndices.—Dos tomos, el 1.^o de 517 págs. y el 2.^o de 850 en 8.^o

¡Soberano mentís a los católicos que, después de haber amargado la larga ancianidad de Mir, han intentado explotar para el lucro clerical su nombre y su prestigio! ¡Soberana réplica a los que indujeron a Severino Aznar a desmentir desde *El Correo Español* las afirmaciones hechas en EL MOTÍN!

A la vista de este libro póstumo, cuya existencia habíamos afirmado, puede decirse con toda claridad: *Mir ha muerto en lucha con la Iglesia y en combate sangriento contra la Compañía*. Allí están las mil trescientas sesenta páginas de esta obra póstuma, de ataque al jesuitismo a la misma tetilla y a lo más hondo de su sér.

En esta obra están incluidos y esparcidos los capítulos del libro *Crisis de la Compañía de Jesús*, que son el esqueleto del libro, trabados y vestidos con otros nuevos igualmente sustanciosos é intencionados.

El Instituto sale de allí completamente triturado. Su hipocresía y malas artes están descubiertas como sustancia de la secta, engañándose unos a otros los propios fundadores; todos ellos poniéndose de acuerdo para engañar a la Iglesia y al Papa; y éstos y los jesuitas poniéndose de acuerdo para engañar al mundo.

Por esto la *Historia interna de la Compañía* es un excelente capítulo de la Historia interna del Catolicismo, de cuyo corazón y cerebro es tubérculo la siniestra y ridícula secta.

Al escribir el libro, Mir lo hizo con un espíritu é intención que conviene hacer resaltar para que el lector pueda interpretar acertadamente sus pasajes.

Escribía desde el punto de mira católico romano. Su propósito era poner

de realce el estado herético y cismático oculto del Instituto con respecto a la Moral, disciplina y dogma de la Iglesia, bajo el antifaz de votos falsos y de exterioridades engañosas, como si pretendiese atraer sobre el Instituto el anatema del Pontífice Romano, que, a presencia de tal *Historia* se había de ver constreñido a condenar irremisiblemente la secta, so pena de hacerse el Pontificado alcahuete indigno de este prostíbulo religioso.

De ahí que el trabajo de Mir es llevado con pulso firme por las escabrosidades y farrago de la Disciplina y Moral católicas a poner en contraste y contacto los preceptos de la Iglesia y la moral jesuitica, aduciendo hechos de que están convictos y confesos los reos, en sus documentos secretos ahora exhumados. De ahí la parsimonia en sus juicios y la lenidad de sus cargos, que fuera de aquellos cauces reclaman calificaciones más duras y más terminantes.

Mir aspiraba a ver su libro aprobado por la censura eclesiástica, y este fué su error, del cual intenta sacar partido en el prólogo de 68 páginas en que se escribe por menor la odisea de la censura eclesiástica.

¿Se puede hablar de los Jesuitas?—pregunta de frente a la Iglesia, ante el público: y se lanza a referir las aventuras y peripecias de esta *censura eclesiástica*, una de las más notables de la vida de la imprenta católica.

¿No se puede hablar!—es la respuesta que en síntesis resulta de los documentos y anécdotas allí explicados. Los obispos, la curia Romana y el propio Papa en persona, forman cordón al rededor de la secta y tienden sobre ella sus manteos y capisayos, para que el público no pueda entrever siquiera el embuste jesuitico y la iniquidad jesuitica. Se hacen el *braxo eclesiástico* de esta iniquidad: y cuando Mir se presenta al estrado público a ejercer su derecho de denuncia y a sostener sus acusaciones con las pruebas de testimonios irrecusables, sale el tristemente célebre Guisasola (entonces obispo de Madrid) a amordazar al historiador y a ahogar su crítica; y detrás de él viene el secretario de Estado, Merry del Val, y detrás de éste el propio Pontífice con su Maestro del Sacro Palacio, todos movidos por el General de la secta como títeres, y todos diciendo a la una: *¡No se puede hablar de los jesuitas! ¡Son inviolables en sus fraudes: son indiscutibles en sus falsedades: son sagrados en sus crímenes: la Iglesia los cubre y protege, se hace su solidaria y defensora: el Papa es el Vicario del General.*

Este capítulo de la obra es el llamado a producir el gran escándalo.

Los hechos denunciados por Mir, acerca de los resortes manejados por Roma para impedir la publicación del libro y para robar á mano airada, es decir, con el anatema, los originales al autor; todo ello encierra una gravedad inmensa.

Más bien que funcionarios de una autoridad regular, asemejan los personajes golfillos del arroyo que meditan el golpe en una taberna y preparan tanto como el asalto, la huida.

La escena del obispo de Madrid leyendo á Mir ante dos testigos una carta del Papa de la que prohíbe darle copia para hurtar al escritor la prueba de esta coacción, es una escena que reproduce los más finos golpes de la Inquisición. El obispo de la capital de España, más que obispo, queda con el aire de simple escribano.

La Iglesia queda derrotada y en ridículo. El obispo de Madrid, el secretario de Estado y el Papa, con todos sus artes y mañas, están aquí burlados.

Quisieron impedir la publicación de la obra, y el libro está ahí, vivito y coleando y pronto á estallar en todas partes.

Es una lata de petróleo que Mir ata al rabo del lobo jesuita, para que la corra por el mundo.

Y ahí está la reseña de la derrota pontificia, con las cartas de los obispos y cardenales, mondas y lirondas.

Mir estuvo suspirando durante diez años el momento este de ver su libro en la calle y con su nombre, á pesar de todos los pesares.

Suspéndanle ahora á divinis: ya ve el obispo de Madrid: ¿no conminó de orden del Papa á Mir con la suspensión, si publicaba el libro? ¿Ya está publicado! Ahí lo tiene, con su propia historia.

¿Ande, á hacer efectiva la suspensión y á cumplir la orden secretísima del Papa! Y á cumplirla aquí, ante el público. Venga Merry del Val y vergan los jesuitas, con sus embajados es Pidal y Nozal: da, á intrigar, á minar, á sondear, á husmear, á rastrear... Ya lo tienen ahí... ¿Qué más quieren? ¿Qué aguardan?

La *Historia Interna* de la Compañía, según ellos, era un escándalo enorme.

Reconozcan ellos que este escándalo ha sido elevado á su potencia máxima por el escándalo de estas intrigas, antes secretas y ahora divulgadas y hechas públicas.

Pero... hay que hablar más de esto. Esta *Historia* no está todavía completa: nosotros hemos de ponerle algunos puntos á muchas *tes* que están sin ellos.

Mir, al publicar estas historias, hace un acto de rebeldía soberbia y de fiera acusación contra todos: contra el jesuitismo, contra el Papa, contra los obispos y contra la Iglesia.

Desde la tumba su cadáver se levanta á ascupirles públicamente á su rostro las salivas que le arrojaron en secreto.

La *Historia interna* de esta *Historia*

interna, es una deliciosa sesión de anatomía episcopal y pontificia.

Gécese Mir, desde el sepulcro, en el espectáculo tantos años soñado de ver el pataleo de sus enemigos vencidos, impotentes, soberbios y pataleando.

Tiene ahora la palabra el *Correo Español*.

El jesuitismo en acción

Contra el libro de Mir

A las tres horas de haberse puesto á la venta el libro de Mir, ya el jesuitismo tomaba posiciones estratégicas y planeaba una de sus batallas.

Pero ¡ay! El jesuitismo sólo puede vencer á los que no le conocen. Desde que Eugenio Sue divulgó sus gaterías en el *Judío Errante*, y Ponsón du Terrail en su *Rocambole*, es fácil al que ha de entrar en liza con ello prevenir sus golpes y aun acecharles en las esperas.

Y Mir sabía harto de estas cosas, y las que ignoraba él, las conocemos nosotros.

Las iras y astucias de la secta se han enfocado sobre el editor del libro. Intentan llevarle á galeras nada menos los jesuitas; y en este proyecto tienen la osadía y el cinismo de utilizar el nombre de los herederos de Miguel Mir.

¿Quiénes son estos herederos?

También EL MOTIN es heredero de una parte de la herencia de Mir. Ha heredado, entre otras cosas, el odio á la secta y el conocimiento de sus zorrerías.

Y pues vamos á librar batalla, ea, señoritos herederos.

¿Quiénes son ustedes?

¿Qué mandato tienen sobre la obra de D. Miguel? ¿Estaría bueno que aun después de muerto fueran sus herederos los instrumentos para ahogar su voz!

No lo conseguirán.

Esta obra es del dominio público ya, si los jesuitas se empeñan en pleitar la propiedad.

La primera edición hizose en Barcelona, en 1900, en la Imprenta Antoniana, calle de Gerona, 76, con el título *Crisis de la Compañía de Jesús*. El tomo I, que tenemos á la vista, consta de 356 páginas.

De la identidad de esta obra con la ahora publicada, es prueba concluyente el siguiente índice de capítulos, que han pasado algunos de ellos sin corregir punto ni coma á la nueva obra cuyas indicaciones damos en letra cursiva.

	Págs.
Frólogo.....	5
Introducción.....	11
Tomo I, pág. 73.	
CAP. I.—Sobre el estado de la Iglesia Católica hacia la mitad del siglo xvi.....	41
Tomo I, cap. I, pág. 103.	
II.—Revelación hecha por Dios á San Ignacio sobre la fundación, progresos y decadencia de la Compañía.....	52

Idem. cap. IX, pág. 130.	
CAP. III.—Deliberaciones de los primeros Padres de la Compañía de Jesús, sobre formar entre sí una Congregación ó Instituto.....	54
IV.—Sobre la primera aprobación del Instituto de la Compañía de Jesús, hecha por el Sumo Pontífice Paulo III en la Bula del día 21 de Septiembre del año de 1540.....	60
Idem. cap. III, pág. 130.	
V.—Sobre el origen <i>sobrenatural</i> de la Compañía de Jesús.....	96
I cap. VI, pág. 203.	
VI.—Del falso fundamento sobre que se estableció la Compañía de Jesús.....	105
I cap. V, pág. 183.	
VII.—Sobre el fin de la Compañía de Jesús.....	115
VIII.—Primera oposición que se formuló contra el Instituto de la Compañía.....	122
IX.—Melchor Cano y los Jesuitas.....	126
X.—La Universidad de la Sorbona y la Compañía.....	169
XI.—La Compañía de Jesús y las mujeres.....	172
Tomo II, cap. VIII, pág. 172.	
XII.—La pobreza en la Compañía de Jesús.....	194
I cap. VIII, pág. 239.	
XIII.—De algunas fábulas sobre San Ignacio.....	208
XIV.—Los preparativos de una elección de Preposito General de la Compañía de Jesús, vistos entre bastidores.....	223
XV.—Sobre los ejercicios de San Ignacio.....	236
I cap. XI, pág. 480.	
XVI.—Del ocultismo en la Compañía de Jesús.....	262
II, cap. I, pág. 5.	
XVII.—La virtud de la obediencia en San Ignacio.....	283
I cap. IX, pág. 290.	
XVIII.—Contrastes.—Melchor Cano y Lainez.—Fray Bartolomé de los Mártires y Lainez.—Fray Diego de Chaves y Martínez de Ripalda.—Fray Miguel de Alaejos y otros.....	300
Tomo II, cap. II, pág. 562.	
XIX.—Sobre las cosas sustanciales del Instituto de la Compañía de Jesús.....	318
XX.—Testimonios de Sumos Pontífices sobre el estado de la Compañía.....	334
Part. III, tomo II, pág. 545.	

Como se ve por este cotejo, Mir ha quitado y añadido algunos capítulos. Estos cambios tienen sus intrínsecos, que dejamos para otro día, y volvemos al caso.

No pudiendo concluirse la impresión en Barcelona por razones ya explicadas. Mir decidió verificarla en Madrid. Para ello preparó, con dichos capítulos y algunos destinados al tomo II, inédito, un volumen de 1058 páginas, impreso en las oficinas de Ratés, el año 1906, de la cual

edición no puesta á la venta, se distribuyeron ejemplares á las personas que merecían al autor tal confianza, con lo cual aseguraba que la obra no desaparecería, así ayudando á los jesuitas todos los diablos del Infierno.

Sobre esta edición vino el pleito de la censura eclesiástica, que Mir siguió por *sport* más que con propósito de lograrla, pues su intención fué imprimirla, hacer el depósito de ejemplares en persona de seguridad, y encargar que se publicara después de su muerte.

Esto es lo que se ha cumplido.

Los herederos de esta voluntad han sido fieles á su misión.

¿Quiénes podrán estoobarle?

Consteles á los jesuitas: ¡NADIE!

Hagan cuanto quieran y revuelvan cuanto quieran, el libro está en la calle y es del dominio público.

El público es el heredero efectivo.

Mir estafado por la Compañía

De la *Historia Interna de la Compañía de Jesús*, tomo II, página 847 y 848, copiamos este relato:

«No fué menos indigno y poco serio un lance pasado antes de ser entregadas las dimisorias, y que por poco dió al traste con las gestiones que tan menudamente se han referido. Causa grandísima repugnancia hablar de este lance, pero hay que arrostrarla á trueque de decir toda la verdad de estos acontecimientos.

Antes de hacer la profesión había el autor, con anuencia de los Superiores, dispuesto que cierta cantidad que había heredado del testamento de sus padres y que no se había podido hacer efectiva, cuando se hiciese, fuese aplicada á ciertas obras de caridad que él señaló. Mas al hacerse efectiva, sin que se le consultase ni aun se le diese noticia de ello, fué aplicada por los Superiores á otras obras muy distintas de las que él había pensado. Hizo sobre ello sus protestas ante el Provincial y aun ante el General, pero todas fueron inútiles. Ni siquiera se le contestó. Con la salida de la Compañía creía ser llegado el caso de poner las cosas en su punto y de arreglar la irregularidad en que se había incurrido. Para esto reclamó la cantidad susodicha para destinarla á los fines que tenía determinados. La petición le parecía proceder en toda justicia.

Convenían los Superiores en la equidad de la reclamación; pero querían que se rebajase la cantidad. Oponíase el autor á esa rebaja; se dió y tomó sobre esto, y por fin de cuenta, se le dijo que si no se conformaba con la rebaja, no se le darían las dimisorias.—Pero ¿qué tienen que ver las dimisorias con lo que estamos tratando?—Por fin, se conformó con todo y firmó las dimisorias y además un documento en el cual se comprometía á no llevar la cuestión á los tribunales de justicia.

Y con esto se puso término á un asunto enojosísimo, que á vueltas de mil incidentes y peripecias había durado unos doce años.»

¡Si es tan claro!

Hubo un rey en España verdaderamente admirable: Carlos III. Como ninguno otro trabajó por la prosperidad del país cruzándole de caminos, repoblándole, pactando paces, estimulando la industria, asegurando el tráfico, trayendo profesores de ciencias y artes y maestros de oficios, planeando reformas agrarias, cuidando, en suma, cual ninguno lo hiciera antes ni después, de la despesa y de la escuela.

En opinión de algún ilustre concejal, eximio diputado, eminente periodista é inclito individuo de la Comisión de presupuestos, sin perjuicio de «arrear candelas» contra ellos desde la Prensa, esta labor de elevación de la vida, de fomento de la riqueza y de la cultura excluye toda otra, y, sin embargo, ese mismo Carlos III estuvo de acuerdo con la desamortización, expulsó á los jesuitas, un embajador suyo en Roma obligó al Papa á disolver la Compañía de Jesús, y hasta elevó al gobierno y los mantuvo en él, á hombres que tenían amistad con los enciclopedistas franceses.

Es decir, que la libertad de cultos, la secularización de cementerios, la neutralidad de la escuela, y hasta la reducción de las órdenes religiosas y el ingreso de ellas en el derecho común, no son reformas incompatibles con aquellas otras económicas y sociales de que se nos habla... en ciertos diarios, porque lo que es el gobierno, las oculta cuidadosamente. Verdad que en los diarios aludidos tampoco se sale de una tan nebulosa como socorrida generalización, que lo mismo puede encerrar un mundo de ideas que el más desolador vacío.

¿No es concluyente el ejemplo del fecondo y anticlerical reinado de Carlos III? Pues, oído.

El anterior gobierno liberal promulgó el decreto de fachadas y sacó del Parlamento la estupenda ley del candado; ¿fué ello óbice para que, con el justificado motivo de que la cosecha de trigo en 1911 era excelente, se elevasen en 250 los derechos arancelarios?

¿Imposibilitaron al gobierno esas dos portentosas reformas anticlericales para no hacer caso de la baja de valoración en el bacalao y en algunas otras subsistencias, propuesta por la Junta de aranceles, con lo que habrían abaratado los precios? ¿Impidieron las heréticas reformas que echara abajo la elevación en los derechos de exportación del corcho en bruto? ¿Fueron obstáculo las vitandas reformas para que en el Parlamento liberal un ministro liberal presentase un presupuesto que si «beneficiaba á la Tabacalera, en carecía en cambio la luz y sal, y la Comisión de presupuestos—donde dicen que hay reformadores y hasta georgistas—tan «unánime» y «compacta»?

Y véase por dónde queda demostrado que todo es compatible, primero con el ejemplo de Carlos III y sus gobiernos,

después con otro ejemplo á contrapelo, el de un gobierno liberal, digno antecesor, etc., etc., del que ahora disfrutamos.

EL ARRAEZ MALTRAPILLO

Consideraciones

IV

«Se ha educado al pueblo hablándole sólo al sentimiento, no á la razón; al corazón, no al cerebro—digamos;—por tanto hay que reaccionar» y reaccionamos ¡vive Dios! los socialistas.

Eramos hombres como los demás, accesibles al dolor, á la ira, al entusiasmo, á la alegría, pero un mucho por el prejuicio arriba indicado, y un poco—y esto nos honra—por miedo á lo cursi y lo ridículo, nuestros periódicos, nuestros artículos, nuestras peroratas, nuestros discursos con todo el fuego que en ellos podía poner la fe y el amor al ideal, eran secos y áridos, encaminados á demostrar, no á conmover ni á emocionar.

Todavía me acuerdo de ciertos artículos hartos malos que me hizo el honor de publicar la *Revista Nueva*, del benemérito Ruiz Contreras. Pequé opinión acerca de ellos á un correligionario inteligente, y como me dijese que los encontraba un poco «cordiales», reconocí el defecto y procuré enmendarlo.

Teorías, demostraciones, leyes, verdades... á hacer hombres convencidos y conscientes, no impulsivos y sentimentales, he aquí el propósito.

Y no está mal en cuanto habla que reaccionar contra un exceso de sentimentalidad y verbalismo, y en cuanto en los países septentrionales, donde más arraigo tiene el socialismo, esto es lo que se hace.

Pero ¿no fuimos más allá de la cuenta?

Aquellos denodados y admirables antepasados nuestros que se lanzaban al motín, á la revuelta, á la barricada en defensa de la libertad de imprenta cuando ni aun leer sabían, son todo un símbolo. Hombres conscientes y aun sabios y seguros de sí mismos, perfectamente; pero como los partidos son ó deben de ser instrumento para conquistar algo cada día sin perjuicio de lograr la finalidad, y como la eficacia de ellos está en razón directa de su masa mas la organización, á conquistar la masa debimos atender.

Impulsivos, meridionales, aptos para un arranque, los españoles no somos alemanes, ni daneses, ni siquiera belgas, y así debióse proceder de acuerdo con nuestro carácter, es decir, mudando el puro razonamiento económico con las sabidas apelaciones á la indignación y el entusiasmo. Economía política, sociología, sí, pero con unas gotas y aun más que gotas de «lirismo»

J. J. MORATO

Habla Romanones

Como presidente del Consejo habló esta vez el Conde y no lo hizo del todo mal.

Habló á los blancos, á los negros y á los rojos, desde el punto gris en que se colocaba é intentó mantenerse.

El barniz es ciertamente liberal: en el fondo, sin embargo, se trasluce debajo del brillo retórico, un vaticinismo vergonzante y hábilmente diluido que acaba por dar al conjunto un tono de escepticismo filosófico realmente desconsolador.

De entre las muchas novedades que produjo, algunas hay que merecen ser registradas en la historia y observadas atentamente para ver si se traducen fielmente á la realidad política; una es la invocación explícita á las izquierdas, y la invocación tácita á las derechas.

LAS IZQUIERDAS Y EL RÉGIMEN

En dos partes de su discurso carga sobre las izquierdas, en estos términos:

«A mí me considero lo que España ha progresado en estos últimos años, aun á pesar de las dificultades creadas al régimen por las oposiciones. Suponed que tales circunstancias se hubieran ofrecido á nuestra hermana Italia, y decidme si se hubiera reconocido con el poder lo que hoy alcanza si hubiese tenido que luchar, al realizar la labor de su política, con enemigos encarnizados del régimen, al cual se debió la unidad nacional; si aquellos republicanos de la primera hora no hubieran sacrificado su ideal ante el ideal de la patria, preparando una transformación en las ideas, no habrían sido, como fueron, los primeros servidores de la dinastía de Saboya, Italia no sería grande. Aplicad este ejemplo á cualquiera otra nación: á Bélgica, á Inglaterra, á Alemania, y el resultado sería siempre el mismo. ¡Pobre España, que ha tenido que soportar tres guerras civiles y una continuada conspiración republicana, no por impotente menos tenéis. Hora es ya de que unos y otros despongan sus sueños imposibles; hora es ya de que se convengan de que toda transformación de régimen en la época actual es contraria al interés del país, hora es ya de que aquellos que sueñan con revoluciones fantásticas o fingen que con ellas sueñan, se convengan de que sus ilusiones no satisfacen imóvilmente otros avances más modestos, pero más positivos en el régimen de la libertad.

(Aprobación. Aplausos).

EL SOFISMA

Antes de pasar más adelante en la copia, es preciso descubrir el sofisma y rectificar el error en que incurre el señor Conde.

A nosotros no nos admira el «progreso de España en estos últimos años». No vemos tal progreso por ninguna parte, y aun se nos antoja que lo andado constituye un maravilloso retroceso: pues si veinte años atrás España iba á la zaga de las otras naciones con un retraso de cien kilómetros en el camino de la cultura política; al presente nos halla nos á quinientos.

Dirá el Conde que en *algo* hemos ido hacia adelante. No discutamos: pero aún así, si los otros pueblos han andado mil y España quinientos, en vez de adelantar ha retrasado, como seguirá retrasando si no arroja el lastre que lleva y que le impide marchar con la velocidad de los vecinos.

Este progreso relativo es el que debe buscarse en el aspecto político, y no el absoluto y aislado.

LOS CULPABLES DEL ATRASO

Aparte este error de perspectiva, hay otro de más bulto en el señalamiento de las causas de esta lentitud en la marcha nacional.

De ella culpa el Conde á las oposiciones, y en especial á las izquierdas, ponién-

donos de ejemplo á Italia, Bélgica, Inglaterra y Alemania.

¿Ha hecho estas alusiones con seriedad de creencia ó con sátira sangrienta?

II. Hablarnos de Alemania, cuyo Parlamento amordazó recientemente las bravatas belicosas del Emperador y cuyos tribunales llevaron á la barra al Príncipe de Eltenburgo en causa la más asquerosa; hablar de Alemania en España donde estos intentos hubieran sido perseguidos como crímenes estupendos, es cosa de maravillosa sátira.

Hablarnos de Italia, cuyos reyes han resopido silbando á los truenos y rayos vaticanos y han declarado simple vecino de Roma al ciudadano Pontífice, y han expulsado de las leyes las ignominias del matrimonio, y otras mil, hablarnos de esto á los españoles zapateados noche y día por cualquiera lego de convento y por los adoqueños del clero, eso es maravilloso por el sarcasmo.

Y si de ahí pasamos á Bélgica é Inglaterra, no digamos.

De modo que el Conde ha invertido los términos del raciocinio. No tiene derecho á pedir oposiciones á estilo italiano, belga, alemán é inglés, el Estado que gobierna á lo rifeño y á lo Torquemada.

Y si esto considera el Conde, lo maravilloso de toda maravilla será el ver que el régimen haya podido subsistir sobre las oposiciones, sin haber sido cien veces barrido, y que en el año 1913 continúen en España las leyes y costumbres oficiales barridas á escobazos hace años y siglos por los italianos, belgas, alemanes é ingleses, que serían más brutos que los españoles si no hubiesen arrojado de sus países las causas de la brutalidad.

No; el Conde no es justo con las oposiciones.

A ellas y á su *poca oposición* debe el régimen su subsistencia y el de todas las lapas que viven en su tronco, corroyendo la vida nacional que agoniza, y que no ha muerto á pesar del mal régimen y de las peores oposiciones.

PIDIENDO GOLLERIAS

El jefe del Gobierno con ingenuidad plausible, declara al partido liberal monárquico incapaz de gobernar sin el auxilio de las izquierdas, como el conservador se siente incapaz sin el apoyo de las derechas.

¡Miserable confesión de una dinastía que en cerca de cuarenta años de dominio desenfrenado no ha sabido formar un partido independiente y moralmente soberano! ¿De qué le han servido los cuarenta mil millones sacados del sudor del pueblo español y repartidos entre los cortesanos?

Partido de ingratos y de insaciables hambrientos ha hecho la monarquía; banda de gentes mercenarias y villanas que miden la lealtad por lo que duran el sueldo y la conveniencia de sus negocios. Equilibrar todo un pueblo en provecho de una casta, y encontrarse á la postre teniendo que mendigar la vida al enemigo de la derecha y al de la izquierda, es infortunio sin igual.

He aquí los términos de la instancia que nos presenta el Conde:

«Y vosotros, liberales y hombres de la izquierda, no me pidáis que las dificultades que encuentra el gobierno á su paso las afronte sólo con sus medios; ayudadle á que avance, aunque el avance os parezca parvo; tened confianza, estad seguros de que mientras el partido liberal gobierne habremos de impedir el retroceso á tiempos que desaparecieron, y que desaparecieron á costa de sangre

y de esfuerzos inauditos, para no volver á resurgir jamás; pero con un vuestro deber, no os resistís más tiempo á la evolución que las circunstancias os imponen. (Aprobación).»

Pero... señor Presidente: ¿ya no se acuerda de Bélgica, Inglaterra, Alemania é Italia...? Si esas naciones hubiesen procedido en sus avances con la *parvedad* que se nos ofrece ¿serían lo que son? Para «cumplir el deber» las izquierdas españolas, á la moda de aquellas naciones, no es lo primero que deben hacer, un *barrido general* á la moda alemana é inglesa del siglo XIX?

Sin este barrido ¿no ve el Conde que no podrá avanzar más que á paso *vaticano*, ó sea ayudando á España á bien morir cansada de vivir mal? ¿No ve cómo el clericalismo se le enzarza y le acorrala en su propia casa y le persigue en las salas del palacio, sin dejarle un punto de reposo?

No y mil veces no. Por cada paso que en su *avance parvo* da la Monarquía en el camino liberal, da cien saltos de liebre en el avance clerical. La *Defensa Social* hecha servicio palatino, el Nuncio entrando en Palacio con aparato inaudito mientras las izquierdas se ven expulsadas de la ciudad: levantar conventos y demoler escuelas libres; privilegiar á los frailes á expensas del obrero... ¡Así vamos avanzando, camino de Marruecos!

En a go somos ya inferiores al Riff: allí tienen los coloniales españoles la libertad de cultos: acá se fusila, si es preciso, al que no se arrodilla al paso del clérigo en traje de luces.

¿Es así cómo vamos á avanzar?

Siempre pa atrás;

tú lo verás.

Ya ha resurgido la Inquisición; ya estamos llenos de frailes á más no poder... Esto ha acaecido siendo gobernantes Sagasta, Montero, Canalejas y demás liberales de la segunda hornada. No resurgirán los tiempos. Ya están ahí.

OBRAS SON AMORES

Sigue diciendo el Conde:

«Nosotros no tenemos para qué ocultarlo, ya os lo he dicho: *nuestras afinidades están en las izquierdas*; pero están en las izquierdas con un límite determinado por nuestro propio deber, y este límite es que nuestra inclinación hacia ellas no puede nunca redundar en perjuicio de aquel o que en primer término estamos obligados á defender. (Aplausos ensordecedores).»

En virtud de esta afinidad, maridaje, contubernio, bodorio, noviazgo ó lo que sea, celebrado con dispensa pontificia y con la bendición solemne del Nuncio, el Conde nos pide:

«O colaboraciones sordidas y pramosas, no colaboraciones claras, honestas, definidas, hechas á la luz del día, colaboraciones con las cuales, al propio tiempo que se afirma más y más la libertad en España, se afirma con igual intensidad, se profundiza y se extienden las raíces de la Monarquía.»

En este párrafo quizás se contenga la clave de la nueva política liberal.

Con las izquierdas, *nada* que no pueda verificarse á la luz del día y en pleno presbiterio; nada oscuro, nada deshonesto, nada indefinido. Ejemplo, lo del mitin anticlerical.

Con estas condiciones, la izquierda ser á la esposa solemne y oficial del partido. Irán del brazo juntitos en las Cámaras y fiestas públicas, con gran honestidad y compostura.

Los tratos *sórdidos, premiosos, tenebrosos, deshonestos, indefinidos*, hechos en las tinieblas, se reservarán para las *derechas*, que serán las *queridas* del partido y la

mancebas que sacarán de él cuanto quieran.

Con ellas correrá el Conde sus orgías en público disimuladas, no se saludarán, se combatirán si es preciso. En secreto se entenderán para dejar á la esposa honesta y recatada, disfrutando el honor de la afinidad pública y solemne.

¿Cómo se reirán del matrimonio con las izquierdas, el Nuncio y la frailetería!

EL GOBIERNO Y EL ANARQUISMO

Más afortunado que en la parte religiosa ha sido el Conde en lo que respecta al anarquismo, comentando el último atentado contra D. Alfonso. Dijo de esta manera: «No me atrevería á negar la importancia del suceso, ni la preocupación que engendra; pero como el primer deber del que gobierna es la serenidad, elemento indispensable para apreciar las circunstancias, repito hoy las mismas palabras que pronuncié en la Cámara cuando un ilustre representante del país pedía al Gobierno medidas extraordinarias para reprimir y castigar el anarquismo. Nosotros, Gobierno liberal, no tenemos otros procedimientos que aquellos que derivan de la ley, de la justicia y de la libertad: hacer justicia dentro del derecho sin disminución de la libertad es lo que proclamamos en todos los momentos por difíciles que sean. Y cuando afirmo esto lo quiero decir que se crea que podamos dudar ni un solo instante de aplicar la ley, por muy dura que resulte, en hacer justicia, aunque ésta sea inexorable é irreparable; no es que nosotros no podamos adoptar ni los regímenes de excepción, ni las medidas extraordinarias, ni nada que implique una merma de la libertad, aunque sea transitoria, una protesta contra el régimen de la tolerancia y de la transigencia, aunque si estamos dispuestos á que la libertad no se convierta en libertinaje. Podrán ser necesarios otros procedimientos, nosotros no somos infalibles, y por tanto, no podemos proclamar nuestros procedimientos como los únicos buenos y salvadores; pero conscientes de nuestros deberes políticos, lo que decimos es que nosotros no somos el instrumento de Gobierno adecuado para practicarlos. (Ovación estuendosa).»

Aplaudimos sin reservas estas declaraciones del jefe del Gobierno. Confiesa su falta de fe en la eficacia de los medios represivos del anarquismo, cuya ineffectividad acredita una larga experiencia. Medios preventivos son los que hacen falta para evitar la propagación del espíritu anarquista, y medios curativos de los ya atacados del mal. Mas ni unos ni otros caben en el Gobierno vaticano.

En vista de esto, la declaración del Conde tiene una trascendencia rayana en lo indecible. Encierra la amenaza de abandonar el régimen al sistema represivo cediendo en monopolio á los conservadores.

Y si la represión, en vez de destruir el anarquismo lo fomenta ¿qué solución cabe al problema planteado?

Romanones hace pública su creencia: la represión es el suicidio.

Y con gran instinto de conservación viene á decir: al que quiera correr al suicidio, le cedo la acera.

Esta declaración es gravísima de toda gravedad. El Conde no pretende ser infalible: puede equivocarse, según dice modestamente.

Pero, él no quiere hacer la prueba de si los otros tienen razón.

CONCLUSION FINAL

El fin de un régimen! He aquí lo que resulta del discurso en último resumen.

Los conservadores, por boca de los mauristas, han amenazado al régimen con

irse á la derecha y al jaimismo, si no atiende á sus ambiciones.

Los liberales, por boca de Romanones, declaran que, de caer, caerán del lado de las izquierdas.

¿Qué le queda al régimen vigente?

Mientras el Conde llama á las izquierdas, para que vayan á él, insinúa la posibilidad de irse él á ellas.

Mientras Maura implora el auxilio del poder clerical, éste organiza los requetés y se ejercita en maniobras militares.

¿Esto se tambalea!

Y para no derrumbarse necesita el puntal de las oposiciones...

¿El fracaso!

No muere de traumatismo ni por el golpe exterior de las oposiciones: muere de enfermedad interna.

Verdades incontrovertibles

¿Habéis meditado en qué régimen vivimos? El Gobierno efectivo de España lo tienen las compañías privilegiadas que realizan grandes negocios, y que son un obstáculo á la prosperidad del país.

Tenéis el Banco Hipotecario de España (uno de cuyos hombres es Dato) que es una Sociedad particular con capital extranjero y que tiene privilegios que imposibilitan el crédito nacional.

Tenéis la Sociedad de explosivos que goza de privilegios que le permiten repartir cuantiosos beneficios á sus accionistas y gravan las obras públicas, por lo menos, en un 15 por 100.

Tenéis la Transatlántica, que disfruta de una subvención cuantiosa, que ha perjudicado enormemente el desarrollo de la marina y del tráfico porque no ha podido competir con las flotas extranjeras. Si se ha dado esta subvención á la Transatlántica, es para evitar la vergüenza de que vengyan buques extranjeros á recoger nuestros emigrantes. Dicha compañía es el limosnero mayor pagando la nación, es una casa de beneficencia que le da sólo á sus sectorarios. Ellos hacen la caridad, y la nación la paga.

Tenéis la Compañía arrendataria de Tabacos que causa enormes perjuicios. Una de las aspiraciones constantes de los agricultores es conseguir el libre cultivo del tabaco. Pero esto no se puede intentar siquiera, y los agricultores se ven privados de los beneficios que conseguirían. El empleo de la nicotina es considerado por los tratadistas como muy útil para ciertas plantas. Pero en España la Compañía no la vende y en el extranjero se considera de contrabando. Todos los esfuerzos de los agricultores se estrellan contra la apatía de la Compañía que no quiere vender nicotina. Además, dentro de la Compañía hay la recaudación del timbre. Los agricultores, después de grandes esfuerzos logramos que se implante la ley de Sindicatos Agrícolas, que tanto bien produce. Por dicha ley los Sindicatos están exentos de derechos reales y del timbre. Pero no se cumple. En la práctica, los Sindicatos aprobados en el ministerio de Fomento no pueden pasar por Hacienda, porque el inspector del Timbre pone el veto para no perjudicar los intereses de la recaudación del Timbre.

La burocracia malgasta el Tesoro público y ahoga al país productor. Quienes mandan en España son los Consejos de

estas grandes Compañías, que han tenido la habilidad de poner de consejeros á nuestros políticos más influyentes. Los Consejos de aquellas Compañías son la lista de los ex ministros.

He dicho otras veces, y repito, que la carga que representa para el presupuesto de la nación el pago de los empleados en activo y el pago de las clases pasivas é intereses de la Deuda, constituye el 80 por 100 del presupuesto español. Y lo que resta se emplea mal por obra de la burocracia. Aunque un ministro tenga buenas intenciones nada puede hacer en cuanto se opongan los oficiales técnicos.

JOSE ZULUETA

Para que se lea con atención el artículo que sigue, advierto que se ha publicado en *La Epoca* del sábado último.

El anarquismo y las Ciudades Lineales

El anarquista es un ser, quizás más desgraciado que criminal; un ser que tiene hambre en el estómago, nieblas en el cerebro, odio en el corazón. ¡Hambre, neguras, odio! ¿Qué pueden dar de sí tan sin nuestros consejeros?

¿Queréis destruir el anarquismo? Buscadlo en su madriguera: atacadlo en su origen. Dad á cada hombre un pedazo de tierra que poseer, que cultivar, sembrando de flores y plantándolo de árboles; haced que, encariñado con ese pedazo de tierra, construya en él una casa, su casa, verdadero asilo en las tempestades de la vida, verdadero hogar familiar.

Casa con sol libre, con agua abundante, con mucho espacio, con aire puro, embalsamado con efluvios de flores, con aromas de tomillo, de pino y de eu. aliptus. Casa en la que viva con el hombre trabajador, la mujer hacendosa y honrada, con el matrimonio ejemplar, los niños sanos y fuertes; con las personas, los animales, compañeros y productores; el perro fiel, el caballo servicial, el paciente y útilísimo borriquito, la vaca, el cerdo, las gallinas, los conejos, las palomas, la abeja y el gusano de seda.

Allí, trabajando su propia finca y haciéndola aumentar de valor, dando ejemplo á sus hijos, mereciendo el amor y la felicidad, el obrero se alejará de la taberna embrutecedora y malsana, que siembra la tuberculosis en sus pulmones, y dejará desierto el Club revolucionario, que siembra odios en su corazón, y que pone en sus manos el arma homicida.

Allí el obrero díscolo se hará disciplinado; el descontento y belicoso se hará pacífico; el perturbador del orden social se hará conservador y burgués, porque será propietario de tierra, porque tendrá que conservar y defender una casa sana y rica, y una familia honrada y satisfecha de la vida.

Pero no basta dar al obrero díscolo y revolucionario, al anarquista de pensamiento ó de acción, pan para el estómago. Hay que dar, á la vez, luz á su inteligencia y amor á su corazón. Hay que desarraigar de su espíritu las malas plantas, y sembrar en su lugar otras buenas. Donde hay ignorancia, hay que poner ciencia; donde hay error, hay que poner verdad; donde hay odios, hay que sembrar caridad; donde hay ansias de destrucción, de guerra social,

hay que depositar semillas de solidaridad y de paz entre todas las clases sociales. inculcando la gran idea, la verdadera Religión, la de la fraternidad universal, sin fronteras, sin separación de clases, sin distinguos de ritos.

Para la gran reforma que nuestra sociedad exige, no basta con dividir equitativamente, dentro de las leyes, la propiedad territorial, y dar á cada hombre un lote que cultivar y poseer. No basta con llevar al campo vías férreas, agua fertilizante, luz eléctrica, y construir barriadas trabajadoras, formadas de casas alegres. Es preciso que entre esas casas se destaque, de trecho en trecho, una casa más grande, más suntuosa, más artística. Una casa palacio con amplio jardín-parque, con pabellones independientes, con salas espaciosas. Y en el frontispicio de esa casa que se lean estas hermosas palabras: «Escuela pública». Y que allí se dé enseñanza gratuita, obligatoria y amena, á todos: á pobres y á ricos, á hombres y á mujeres, á niños y á adultos. Enseñanza que sea luz para la inteligencia, fuerza, alegría y salud para el cuerpo; estímulos para la voluntad, paz y amor para el corazón. Y que allí se predique y se practique la tolerancia, el respeto á las ideas ajenas, la creencia en Dios—suprema Belleza, suprema Verdad, suprema Bondad—, y el amor á todos los hombres, todos hermanos.

Y es preciso que esas escuelas abunden mucho: como abundan las amapolas rojas en los trigales verdes; como abundan las flores perfumadas en los jardines bien cultivados. Escuelas bien dotadas de material de enseñanza; con salas anfiteatro, en que la proyección y el cinematógrafo, el fonógrafo y el telescopio sean instrumentos con cidos y manejados por todos. Escuelas en que se aprenda al aire libre, en medio de praderas soleadas, á la sombra de frondosos árboles. Escuelas en que se dé enseñanza agrícola, en que haya gimnasios y piscinas de natación, y campos de recreo y de equitación, y salas de canto y baile. Escuelas con salas para adultos, que sean tan atractivas, tan alegres, tan artísticas, como las de un cinematógrafo ó las de un teatro actual; pero más instructivas y más higiénicas.

Escuelas que se hallen dirigidas por nuestros espléndidamente pagados, convencidos de su misión trascendentalísima, y por médicos higienistas que ejerzan incesantemente una sabia inspección, que enseñen la higiene, que aconsejen y prevengan enfermedades. Escuelas en las que se enseñe, pero se enseñe bien, la Geografía, que nos muestra los tesoros y bellezas de nuestro planeta, todavía tan abandonado; en que se enseñe la historia de la Humanidad, con sus torpezas y sus errores, y sus crímenes, por falta de caridad y de amor. Escuelas en las que se enseñe á conocer y á admirar esos nombres gloriosos que dejaron estela luminosa á su paso por la tierra; esos nombres que se llaman Cervantes, Gutenberg, Santa Teresa, Fulton, Volta, Franklin, Beethoven, Wagner, Concepción Arenal, Colón, Mantegazza, Zorri-lla, Flamarion, Benavente...

¿Que esto es caro, decís? Más cara es la tuberculosis, que por ignorancia, por miseria, por falta de caridad entre los humanos, siega al año 40.000 vidas de espñoles y siembra muchas lágrimas y muchos dolores, y consume muchas energías. Más caros son el tífus, y la neurastenia, y la inmundicia viruela: enfermedades todas fácilmente evitables. Más cara es la huelga sui-

cida y la guerra injusta de clases sociales, que deben colaborar unidas en la obra del progreso y del bienestar general. No es caro lo que sea producir y crear riqueza, desterrar preocupaciones, inculcar ideas de trabajo y de amor. No es caro lo que sea dignificar y enriquecer al maestro y al médico; y dejar ocioso al verdugo, inactivos los Tribunales, vacías las cárceles y abandonadas las tabernas.

Si todos los hombres tuvieran un pedazo de tierra que cultivar y que adquirir á fuerza de previsión, de laboriosidad y de economía; si todos tuvieran una casa sana y tranquila en que vivir con independencia, y una Escuela a'egre en que aprender á leer, aprender á amar y aprender á vivir honradamente, ¡cuán pocos anarquistas habría! ¡Cuán inactivos los Tribunales de justicia! ¡Cómo se cambiaría en muy pocos años el modo de ser de nuestra sociedad, hoy tan defectuosamente organizada!

¡Comprendéis ahora la gran trascendencia económica, política y social de las Ciudades Lineales, que como sistema de colonización de campos y de urbanización de ciudades, quiere dividir razonablemente la propiedad territorial, dar á cada familia una casa independiente y sana, y hacer en cada casa una huerta y un jardín, que sean salud, recreo, bienestar, independencia y riqueza? ¡Véis ahora la utilidad pública de este nuevo sistema de explotación y aprovechamiento de la tierra, que á las llanuras desiertas, pobres y tristes de nuestras Castillas, á las estepas inhabitadas de nuestra Extremadura, á los latifundios abandonados de Andalucía, quiere llevar capitales emprendedores y brazos laboriosos que canalicen agua, que dessequen y saneen tierras pantanosas, que planten árboles y repueblen montes, que hagan vías férreas, que exploten canteras, que transformen el erial en jardín, y pueblen el campo desierto, con caserío pintoresco, ocupado por millares y millares de animales, creadores de riqueza, y millones de personas, sanas y alegres, que trabajen gozosas, que se emancipen de la escavidud del vivir angustioso, y entonen un himno triunfador á la vida?

¡Comprendéis cómo conviene preparar y extender esta idea, á la vez revolucionaria y conservadora; idea de riqueza, de paz, de amor, de cultura de campos y cultura de inteligencias, que quiere desparramar por todo el territorio espñol millares y millares de Granjas agrícolas, millares y millares de Escuelas del hogar, y Escuelas primarias y Centros docentes, completamente distintos de los que actualmente existen?

«Ojía al delito y compadece al delincuente», se ha dicho. Esta hermosa máxima de piedad no basta. Hay que sustituirla por esta otra: «Ojía al delincuente. Compadece al delincuente, haz imposible, dentro de lo posible, el crimen, dando á todos los hombres pan, enseñanza, amor.»

HILARIÓN GONZÁLEZ DEL CASTILLO

Unos párrafos

...Se recuerda frecuentemente que en los tiempos de los grandes acontecimientos de la revolución del último siglo, cuando tantos hombres inteligentes estaban amenazados por la cuchilla de la guillotina, el lenguaje de los hombres de corazón se hacia más fiero á medida

que crecía el peligro: estos hombres eran los que, queriendo permanecer libres, habían hecho «pacto con la muerte».

A semejanza de ellos, cada uno de nosotros debe tener una tan alta idea de su labor, que para cumplirla haga un pacto con todos los infortunios posibles é imposibles; sólo así gozaremos de una dicha que jamás engaña, mirando con desdén las miserias de la vida. Y, sobre todo, que nadie cuente por sus estudios con una recompensa cualquiera, con una deuda ó obligación que la sociedad haya contraído con él; la sociedad nada nos debe; y nos da en cambio suficiente al asegurarnos el goce de adquirir y de utilizar su caudal en beneficio de los demás. Pero si espera a'guno que la ciencia le remunere como á un rentista del Estado, que no se culpe sino á sí mismo si llega la ciencia á engañarle, si la ciencia no eleva su corazón y no le da la serenidad de una existencia dichosa.

Cuanto más sepamos, cuanto más hayamos recibido, tanto más debemos dar en cambio, tanto más nuestra obra debe revestir un carácter de devoción y aun de sacrificio. No podremos pagar la deuda contraída con nuestros hermanos sino constituyendo un apostolado.

Vivificar la ciencia por la bondad, animarla de un amor constante por el bien público, tal es el único medio de hacerla productora de felicitades sin cuento, no sólo por los descubrimientos que acrecientan las riquezas de todas clases, sino también por los sentimientos de solidaridad que ella evoca entre los que estudian y por los goces que se experimentan al progresar en la comprensión de las cosas.

Esta felicidad es una felicidad activa; no es, no, la egoísta satisfacción de conservar el espíritu en reposo, sin miedos ni rencores; al contrario, dicha tal consiste en el ejercicio ardiente y continuo del pensamiento, ya que no hay para nosotros reposo más que en el sufrimiento.

ELISEO RECLUS

Alumnos de escuelas laicas

El sacerdote Francisco Moncel, cura de Tours, en el departamento francés de la Côte d'Or, ha sido preso.

Se le imputa haberse apropiado títulos por valor de 10.000 francos que le fueron confiados en Octubre de 1911 por una de sus parroquianas, la señorita Chambrette, para que los negociase. La señorita murió no nace mucho.

Los títulos habían sido vendidos en el Bankverein de Basilea (Suiza) por un individuo que dijo llamarse Lelong.

Desempleados del Banco reconocieron en el cura Moncel al que había dicho ser Lelong. El cura confesó su delito.

En Bari, Italia, murió un conocido industrial y dispuso su familia hacerle su-

tuosos funerales en la iglesia de San Francisco de Paul, perteneciente á unos frailes.

Invitó para el acto al Capitulo de la catedral, pero al presentarse precedido por la cruz, los frailes de San Francisco se opusieron á la entrada de los canónigos.

Y armóse entonces entre frailes y curas un lio tan espantoso, que sólo tuvo fin cuando se interpusieron los liberales concurrentes al entierro.

El escándalo presenció el cadáver sin decir tus ni mus.

La policía de Florencia ha arrestado al cura Bellanti, acusado de haber hurtado y vendido unos bajo relieves del convento del Santo Espíritu.

Una de las obras de arte fué recuperada por la policía.

—El cura de Cabianga (Chioggia), Luis Varagnolo, ha sido preso por ocultación de cosas robadas.

—El sacerdote José Santelli, de Sondrio (Italia), es condenado por «ultraje al pudor» en niños.

—Ernesto Bucciarelli, sacerdote, ha sido destituido del profesorado en el liceo de Catanzaro, por igual causa.

La inmoral, perversa y corruptora educación que en las escuelas sin Dios se recibe, tiene forzosamente que dar sus frutos.

EL OBISPO según la doctrina apostólica

El apóstol San Pablo, en la primera carta á Timoteo, obispo de Efeso, capítulo 3.º, y en la dirigida á Tito, obispo de Creta, capítulo 5.º, enumera las virtudes que deben adornar á los obispos y los vicios opuestos de que deben estar exentos.

«Es necesario—dice—que el obispo sea irrepreensible y sin crimen; esto es, que tenga todas las virtudes y carezca de todos los vicios, que sea sóbrio, prudente, grave, modesto, capaz para enseñar, dulce y afable, justo, y no soberbio y colérico ó codicioso de estrdida ganancia.»

El apóstol San Pedro, en la primera carta, capítulo 3.º, versículos 2.º y 3.º, amonesta á los obispos:

«Que administren la grey de Dios, gobernándola no por la fuerza, no por causa de torpe lucro, sino voluntaria y libremente, por el bien espiritual de las ovejas; no como que creéis tener señorío sobre el clero, esto es, si en vez de tratarles con amor y dulzura, como un padre á sus hijos, les tratais con aspereza y soberbia como un tirano y señor á sus esclavos, buscando solamente vuestro honor y lucro más bien que el bien espiritual de vuestros súbditos; haciendo ostentación de vuestro poder y dignidad, de la pompa de vuestros vestidos, mobiliario y carruajes, y de una mesa sibarita, sino siendo verdaderamente ejemplo y dechado de la grey.»

El Concilio de Trento, en la sesión xiii, cap. 1.º, manda á los obispos, que tengan en cuenta que son pastores y no asesinos; y por lo tanto que gobiernen á los súbditos, no ejerciendo sobre ellos despótica tiranía, sino amándolos como hijos y hermanos... y si tuviesen que corregir, reprendan, rueguen, exhorten con paciencia y amor, porque más aprovecha para la corrección la dulzura que la severidad, los consejos que las amenazas, la caridad que la autoridad.»

Y en la sesión xxii, cap. 1.º manda: «que se acuerden que no han sido elevados á la dignidad episcopal para llevar una vida de comodidades, de riquezas y de lujos; deben, pues, arreglar sus costumbres de manera que den á sus súbditos ejemplo de frugalidad, modestia y humildad; contentarse con un modesto mobiliario, con una mesa frugal, y guardarse de que en todos los actos de su vida, y en sus palacios aparezca nada que demuestre vanidad. Les prohíbe, además, enriquecer á sus parientes y familiares, con los bienes, rentas ó frutos de la Iglesia.»

Gracias á estos mandatos, consejos y advertencias, tenemos hoy en España un episcopado modelo.

Sólo que, como decía á los quintos aquel sargento instructor:

«Medía vuelta á la izquierda, es lo mismo que media vuelta á la derecha, sólo que es todo lo contrario».

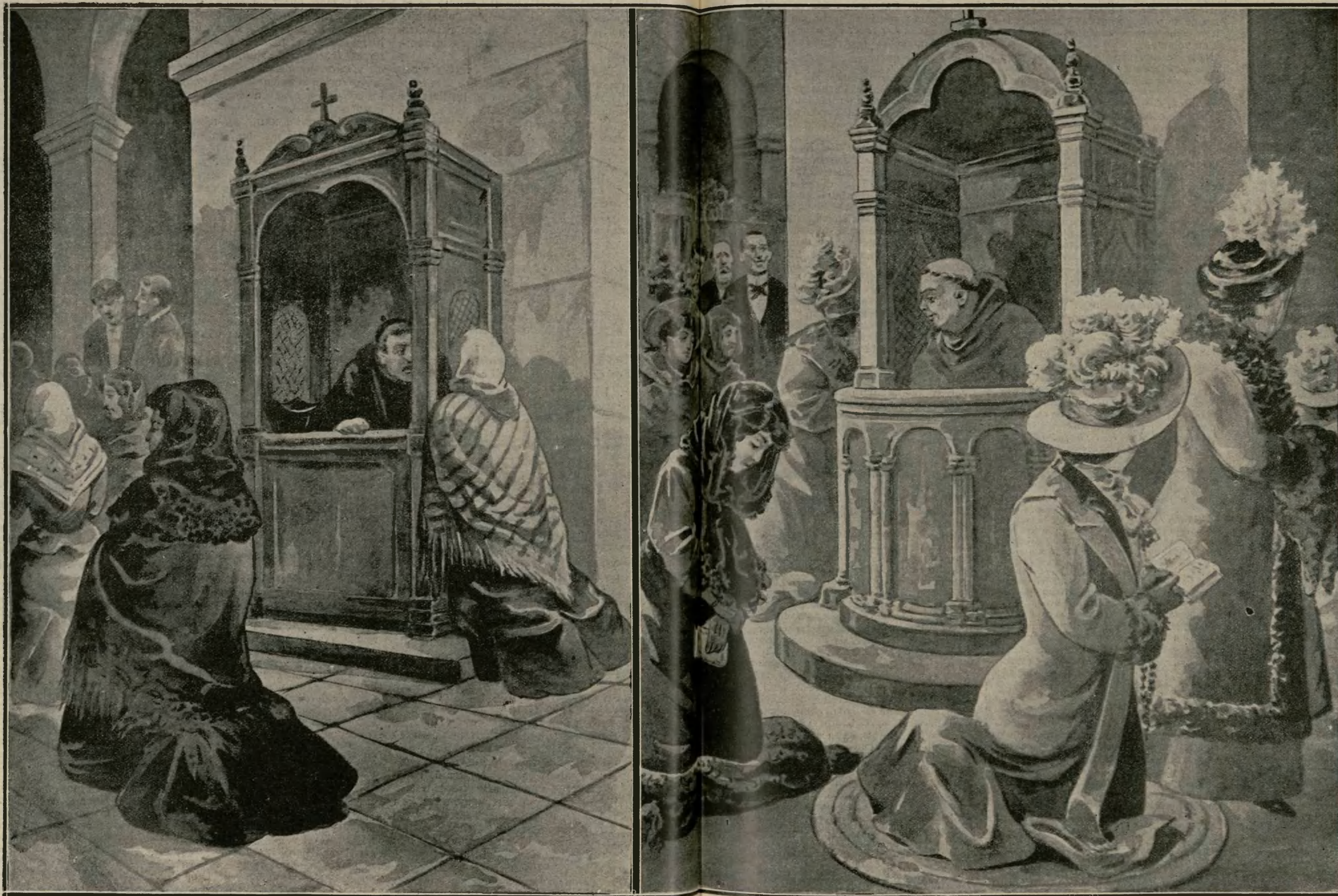
España en el último tercio del siglo XV

Algo de lo que dejó escrito Hernando del Pulgar en la 25.ª de sus *Letras*, dirigida en 1473 al obispo de Coria documento doblemente importante por su fecha, anterior en un año sólo al advenimiento de los Reyes Católicos.

Allí se encuentran menudamente recopilados «las muertes robos, quemas, injurias, asonadas, desafíos, fuerzas, juntamientos de gente, roturas que cada día se hacen abundanter en diversas partes del reino.» «Ya vuestra merced sabe (dice el cronista) que el duque de Medina con el marqués de Cádiz, el conde de Cabra, con D. Alonso de Aguilar, tienen cargo de destruir toda aquella tierra de Andalucía, é meter moros cuando alguna parte destas se viere en apuro. Estos siempre tienen entre sí las discordias vivas é crudas, é crecen con muertes é con robos, que se hacen unos á otros cada día. Agora tienen treguas por tres meses, porque diesen lugar al sembrar, que se asolaba toda la tierra, parte por la esterilidad del año pasado, parte por la guerra, que no daba lugar á la labranza del campo... Del reino de Murcia os puedo bien jurar, señor, que tan ajeno lo reputamos ya de nuestra naturalza como el reino de Navarra; porque carta, mensajero, procurador ni cuestor, ni viene de allí ni va de acá, más há de cinco años. La provincia de León tiene cargo de destruir el clauero que se llama maestro de Alcántara, con algunos alcaldes é parientes que quedaron sucesores en la enemistad del maestro muerto. El clauero vive maestro, siempre duerme

con la lanza en la mano, veces con cien lanzas, veces con seiscientas... ¿Qué diré, pues, señor, del cuerpo de aquella noble cibdad de Toledo, alcázar de emperadores, donde grandes y menores todos viven una vida bien triste por cierto y desaventurada? Levántose el pueblo con D. Juan de Morales é prior de Aroche, y echaron fuera al conde de Fuensalida é á sus hijos, é á Diego de Ribera que tenía el alcázar, é á todos los del señor maestro. Los de fuera echados han fecho guerra á la cibdad, la cibdad también á los de afuera; é como aquellos cibdadanos son grandes inquisidores de la fe, dad qué herejías fallaron en los bienes de los labradores de Fuensalida, que toda la robaron é quemaron, é robaron á Guadamur y otros lugares. Los de fuera con éste mismo celo de la fe quemaron muchas casas de burguillos, é hicieron tanta guerra á los de dentro, que llegó á valer en Toledo solo el cocer de un pan un maravedí por falta de leña... Medina, Valladolid, Toro, Zamora, Salamanca, y eso por ahí está debajo de la cobdicia del alcaide de Castronuño. Hase levantado contra él el señor duque de Alba para lo cercar; y no creo que podrá por la ruin disposición del reino, é también porque aquel alcaide... allega cada vez que quiere quinientas ó seiscientas lanzas. Andan agora en tratos con él porque dé seguridad para que no robe ni mate. En Campos naturales son las asonadas, é no mengua nada su costumbre por la indisposición del reino. Las guerras de Galicia de que nos solamos espeluznar, ya las reputamos ceviles é tolerables, imo lícitas. El conde de Treviño, con esos caballeros de las Montañas, se trabajan asaz por asolar toda aquella tierra hasta Fuenterrabía. Creo que salgan con ello según la priesa le dan. No hay más Castilla; si no más guerras habría... Hemos dejado ya de faer alguna imagen de provisión, porque ni se obedece ni se cumple, y contamos las roturas é casos que aciescen en nuestra Castilla, como si aciesciesen en Bolonia, ó en reinos de nuestra jurisdicción no alcazase... Certificoos, señor, que podría bien afirmar que los jueces no ahorcan hoy un hombre por justicia por ningún crimen que cometa en toda Castilla, habiendo en ella asaz que lo merecen, como quier que algunos se ahorcan por injusticia... Los procuradores del reino, que fueron llamados tres años ha, gastados é cansados ya de andar acá tanto tiempo, más por alguna reformation de sus haciendas que por conservación de sus consciencias, otorgaron pedido é monedas: el qual bien repartido por caballeros é tiranos que se lo coman, bien se hallará de ciento é tantos cuantos uno solo que se pudiese haber para la despensa del Rey. Puedo bien certificar á vuestra merced que estos procuradores muchas é muchas veces se trabajaron en entender é dar orden en alguna reformation del reino, é para esto hicieron juntas generales dos ó tres veces: é mirad quan crudo está aún este humor é quan rebelde, que nunca hallaron medicina para le curar; de manera que desesperados ya de remedio se han dejado dello. Los perlados eso mismo acordaron de se juntar para remediar algunas tiranías que se entran su poco á poco en la iglesia, resultantes destotro temporal, é para esto el señor arzobispo de Toledo, é otros algunos obispos se han juntado en Aranda. Menos se presume que aprovechará esto.»

EL MOTIN



El público del cura y el público del jesuita en el confesonario.
Ayuntamiento de Madrid

Jesuitismo tulminante

Y IV

MIR, ¿HIJO DE LA IGLESIA, Ó CAUTIVO DE LA IGLESIA?

Hay que terminar ya esta réplica, hasta que venga otro ataque. Dejando aparte el incidente que ha sobrevenido sobre el libro *Historia Interna de la Compañía*, llamado á levantar gran polvareda, remataremos el incidente «Vinyals», que dentro de poco sería rancio.

Escribe Vinyals en la página 69 de su libro:

«Espanta lo que (Mir) llegó á reunir en papeles, libros y notas rarísimas... para la historia de los jesuitas, pero historia al fin, verídica y documentada, no libelo ni obra de difamación ni ataque inconsiderado á la Compañía. El P. Mir, lo mismo como literato que como historiador, era hombre de conciencia y criterio asaz escrupulosos, para denigrar y motejar á nadie sin prueba plena y sólido fundamento...»

O yo no entiendo de lectura, ó aquí, más que un elogio del P. Mir, hay un rapalo para los demás que combatimos á la Compañía, á quienes, como quien nada dice, nos llama Vinyals libelistas y difamadores arbitrarios, como «ficio muy propio de «réprobos, apóstatas y revolucionarios». ¿No es así, señor doctor?

Pues bien. Antes de lanzar «sin prueba» ni plena ni menguada, y sin fundamento sólido ni líquido, tan lindas afirmaciones «libelistas y difamatorias», debiera tentarse la ropa y ponerse de acuerdo con su madre la Iglesia y con su tía ó lo que sea, la Compañía de Jesús.

¿MIR LIBELISTA?

Porque es el caso que el *Barrido* fué condenado como libelo denigrante y difamatorio de los jesuitas; el mensaje al rey, del dominico Lafuente, contra los jesuitas solicitantes, escandalosos y alumbrados, publicado por Mir en la *Revista de Archivos y Bibliotecas*, de libelo fué calificado por toda la crítica, hasta que Mir lo calificó de otro modo: y lo más raro del caso, es que á mí me exigiera la Inquisición romana que me confesase «calumniador de San Ignacio» por haberme hecho solidario de ciertos escritos del P. Mir, y ¡cosa estupenda!, esta confesión me la aconsejaba el propio P. Mir, que antes de suscribirse él tal, se habría dejado cortar los dedos sanos, la mano.

Claro está que no me allané á tanta abyección, con grave contrariedad de aquellos mis triumpadrinos; y aun los envié á paseo, á ellos y al Padre Santo, si en tal enormidad se empeñaban. Pero me guardé muy mucho de hacer advertir al Padre Mir lo que él se sabía de sobra, á saber: lo morrocotudo y narigudo y cornudo que resultaba de ser él el autor original de los «dichos» y de cargarme á mí el ignominioso sambenito de *calumniador*, siendo falso que hubiese tal calumnia.

¿Cuál es el perverso diablo que aconseja á Vinyals mentar la saga en casa del ahogado? ¿Qué más pueden apeteecer los jesuitas que el que yo haga públicos estos hechos que tienen prueba plenísima y colmada en documentos oficiales y oficiosos?

Porque había esto, á saber: que la fórmula de mi abjuración se redactaba en la Inquisición romana y era enviada secreta y mente al cardenal Casañas. Este la remitía, con sus adiciones, como cosa suya, al triun-

virato de mi representación, que ponderaba y discutían en mi provecho los términos, bien que algunas veces llegué á creer hallar indicios de lo contrario. Con ambas correcciones me era remitida para «escribirla de mi puño y firmarla» y presentarla luego como acto espontáneo y libérrimo de mi voluntad.

Nada de esto supo Vinyals, que sabe llamarme «libelista y difamador de la Compañía... sin pruebas ni fundamento», sin duda por haber cedido mi nombre al libro *Crisis de la Compañía de Jesús*, original del P. Mir, cuyos originales no vió Vinyals y cuyas pruebas de imprenta no corrigió él, sino que las corregí yo (también yo fui corrector... á pesar de ser todo lo que el doctor me llama)...; y ya ve el «amigo» cómo en esta época era yo mejor confidente de Mir que él, y que tenía conmigo más confianza; bravata de pésimo gusto que me obliga á hacer el pésimo gusto del doctor, de tomarnos como cabeza de turco de sus «literaturas é historias... asaz jesuitas para denigrar y motejar á los apóstatas sin prueba y sin fundamento...»

He aquí, por lo que á mí se refiere, el valor de la alusión mal disimulada del amigo «doctor», que, á trueque de servir al jesuitismo, comienza por ponernos en ridículo á los «apóstatas» para terminar poniéndose en ridículo á sí mismo.

LA GONDENACIÓN DEL «BARRIDO»

Después de tales ligerezas en contradecir y calificar á sus contradictores, Vinyals, pirrado materialmente por la vanidad de darse por enterado de todo, nos cuenta la condenación del libro de Mir en los siguientes templados términos:

«La censura (no es cierto; no fué sino la censura gñérica, sino condenación y prohibición específica) de Roma, cayó sobre el INOFENSIVO Y JOCOOSO LIBRO precisamente por lo que descollaba en él el revocido vulgarizador de ridiculeces, y el P. Mir, que á la sazón residía en Bélgica, se declaró NOBLEMENTE «autor de la obra», hijo sumiso de la Iglesia, mandando recoger é inutilizando la edición á pesar de las valiosas ofertas que le hicieron editores fuertes. Creo que se salvaron del cataclismo tan sólo dos cajones que navegaban ya para América y que eran propiedad de la librería de allá. Estos deben ser los ejemplares que corren por el comercio de libros raros y curiosos, adquiriendo precios exorbitantes.» (Página 80 del libro.)

Esperemos á que Vinyals nos cuente por menor, en la otra biografía, los medios habilidosos de que se debió valer para conocer las razones de la censura del Índice Romano, que en sus decretos no da razón ninguna y cuyo tenor es este: «lo dijo Blas y punto redondo.»

MIR INSUMISO

A él le dejamos arreglarse con la Inquisición, que tan lindamente resulta puesta en solfa por haber honrado con una censura pontificia un libejo *inofensivo y jocoso*. ¡Esto sí que es jocoso é inofensivo!

Otros puntos hay más graves é importantes en este párrafo, en el cual parece que el doctor intenta desmentir lo que en otro artículo afirmé á propósito del *Barrido* y de la *sumisión* de Mir á la censura romana.

Primeramente, no debía parecer tan inofensivo el libejo á su autor, cuando no dió su nombre en la edición, según es usual en toda tierra de escritores nobles.

Segundamente, declaróse autor, por ser un secreto á voces y por tener los jesuitas armas sobradas para probar la paternidad ilegítima del libro hospiciario.

Terceramente, eso de los cajones tiene muchos conejos, que no me da la gana de comentar. Sólo replicaré insistiendo en que Enrique Latorre, poco antes de la muerte de Mir, traía la comisión de pedir licencia para traducir el librito con este precioso título: *Los jesuitas, par un d' eux*, y que Mir no rechazó la pretensión ni mucho menos.

Cuartamente, que afirmo que á toda persona de regular confianza, Mir le indicaba dónde se vendía el librito; y quinta, para no pasar más adelante: el último ejemplar que EL MOTIN adquirió, costó tres pesetas en una librería corriente de las no ajustadas.

¿Qué fué, pues, la *sumisión*? No era un acto de *hijo sumiso de la Iglesia*, hablando rectamente según la moda actual. Harto sabía Mir, antes de publicar su libro, el peligro que corría y que previno ocultando su paternidad. Harto conocidos tenía los cánones de la Iglesia y las «tendencias» del Papado moderno sobre la difamación de los institutos y personas religiosas, que no admiten distinción entre la verdad y la mentira, lo fundado y lo infundado, castigando toda crítica con igual rasero. Harto sabía él que incurría en condenación con sólo publicar el libro sin la previa censura del ordinario, de cuya ley brutal y despótica los obispos no exceptúan más que á los jesuitas, que se pasan por donde les parece las leyes del Papa y las sinodales diocesanas.

MIR REBELDE

Publicó, pues, el libro en rebeldía consciente contra la Iglesia, y como *hijo rebelde*; ocultó su nombre como *hijo cauto* y adiestrado en la escuela jesuítica; y al verse descubierto y condenado se sometió como *hijo cautivo* y para evitarse males mayores que el menor que podía traerle el renuncio de una palinodia en aquellas circunstancias.

Su sumisión externa y violenta prodújole un profundo desdén hacia las congregaciones romanas, y en general contra Roma, á quienes combatió de la manera que pudo dentro del *cautiverio filial, rebelde y cauto* en que vivía. Apenas tuvimos conversación en que Mir no viniese á parar á la crítica mordaz de los *procedimientos* pontificios en estas materias. En una de las últimas pláticas habidas, recuerdo que me exhibió un *Evangelio* sin notas traducido por los jesuitas y editado si mal no recuerdo por la casa Herder, de Friburgo, con quien estaba en tratos Mir (¿va viendo Vinyals cómo estoy enteradillo?) Y me llamaba la atención sobre la irritante iniquidad romana de condenar como acto de herejía en unos lo que á los jesuitas consentía, concediéndoles de ese modo el monopolio de ser herejes... con la bendición papal.

Pero el Sr. Vinyals, en su empeño desenfrenado de desmentir, se atreve quizás á negar los hechos sin prueba documental y fundados en palabras que volaron. No se me da niente tan fácilmente cuando hago con toda advertencia alguna afirmación, y más cuando se trata de asuntos graves y que pueden redundar en agravio de historias importantes y de personas estimables. Por esto me apresuro á tranquilizar al «doctor» aportándole las «pruebas documentales».

Una de ellas, además de ser documental, es semipública, á saber: cierto artículo famoso, publicado en *El Urbión*, contra las artes romanas, calcando la crítica sobre el análisis de lo ocurrido al infeliz Enrique Laserre, con su traducción del *Evangelio*

Pues bien; aquel artículo, uno de los que atrajo sobre nosotros la inquina romana, era original del P. Mir, cuyo autógrafo es conservado para satisfacer á los exigentes. Y con esto, pareceme demostrada debidamente la clase de *sumisión* que Mir profesó como hijo... digo, como esclavo de la Iglesia.

JUICIO DEFINITIVO

Y aquí, y antes de dar por terminado este trabajo si no lo continúo, ó antes de pasar adelante si decidiese continuarlo, conviene concretar un juicio de crítica.

Indudablemente Vinyals se propone ensayar la figura del P. Mir. También me lo propongo yo. La cuestión está en definir cómo resulta mejor ensalzado, si siendo un *hijo sumiso* de la Iglesia á estilo del sacristán botarate, ó *sometido* por no ser capaz de rebelarse?

Para resolver esta cuestión, debemos considerar dos hechos:

1.º La rebelión franca de Mir le habría traído la admiración de la intelectualidad liberal, así como la *sumisión* le atrajo de hecho cierto desdén y menosprecio de parte de la misma.

2.º La rebelión habría concitado sobre él las iras escandalosas de los católicos, así como la *sumisión*, en las circunstancias en que se realizó, no convenció á ninguno de los místicos pardos, según los llamó él, ó de los místicos bribones, según los llamó Campion: librándole del ataque público, pero no del mordisco secreto.

Si el «doctor» tiene que oponer algún reparo á estos hechos notorios, ya nos dirá cuáles son y le responderemos mercedamente. Y si no tiene reparos que oponer á tales hechos, en el caso ético-crítico de Mir hay que separar y aquilatar el valor del individuo y la presión del ambiente que le rodeó, y en el juicio de esta comparación, creo no separarme un ápice de la justicia, al proponer este fallo:

«Mir no fué un héroe que se levantara sobre el nivel de la atmósfera social española con un acto de resuelta apostasía, hacia el cisma dentro del dogma clásico, ó hacia el racionalismo radical y contra el dogma. No le faltó inteligencia ni sentimiento; comprendió toda la inmoralidad eclesiástica y sintió contra ella el mayor horror. Este sentimiento y sabiduría atados por la debilidad de voluntad, fueron su suplicio de veinte años, que sólo puede negar el que no haya comprendido su espíritu. No se atrevió á correr el albur de resistir franca y públicamente la fatal *corriente social española*, tanto más impetuosa y mefítica cuanto más elevada es la esfera social del sujeto.

«Pero, si no fué héroe, tampoco fué un ente vulgar y aun tocó los lindes de la heroicidad. Desde su posición oficial de único eclesiástico académico, con su talento indiscutible, con su más indiscutible tenacidad y con la *prudencia* heredada del jesuitismo, con poco trabajo de servilismo y rastreo habría podido encalar las mayores alturas del clero, á las cuales encumbró él á otros innominados en el catálogo del mérito y de la ciencia.

«No fué águila que se elevara en la suprema región de la heroicidad; no fué reptil que se enfangara en la charca.

«Su Genio poderoso le impidió sumergirse en la corriente que rechazaba sus alas, y á veces le hizo remontarse á dar vista á la heroicidad. Su debilidad le impidió mantenerse en las alturas y le hizo caer en los bordes de la charca, adonde asoman las ranas de la vida española.

«Odiaba la anfibiaidad de los anfibios y hufa de ellos cuanto podía. Tenía miedo á los héroes cuyos vuelos arriesgados le daban vértigo.

«Y esta fué su desventura y este fué su martirio.

«La lucha tempestuosa entre el hombre de afuera y el de adentro: entre el espíritu y el apocamiento carnal: entre el Genio que le impulsaba hacia arriba, y el horror á la persecución que le precipitaba abajo.

«Era águila de entendimiento y sentimiento: veía la hermosura de la Verdad y subía á besarla furtivamente. Pero ¡ay! veía también al Estado y á la Iglesia, cuyas escopetas están apuntadas á lo alto para acribillar al genio que se levanta. Vió caer acribillados á cuantos tendieron el vuelo. El ensayó volar y fué herido del perdigonazo, y renunció á la vida aquella genial y se condenó á cautiverio perpetuo irremisible, del cual sólo la muerte podía rescatarle.»

Este Mir es superior éticamente, ó inferior, al que nos pinta su amigo Vinyals?

La respuesta no es dudosa. Los «águilas» le contemplarán abajo, desde arriba, con la lástima que inspira todo hermano nacido para volar y enjaulado por la adversidad, así la jaula sea de oro como la Biblioteca de la Academia, coronada con corona real.

Los «ranacuajos», en su impotencia de elevarse, al verle alejarse de ellos, le asesarán los tiros de su condición, clamando que «rana fué» para honrarse con él ellos, por lo que se elevó sobre ellos, y gritando contra los que intenten arrancarles el cautivo.

De este juicio imparcial sobre el individuo, nace otro pleito de ética social.

Colocado Mir en tal situación, ¿es lícito á los cazadores de jaula, convertirlo en reclamo de la industria eclesiástica, que es lo que en resumidas cuentas hace el doctor Vinyals, llamando *hijo sumiso* al que fué *esclavo desdichado*; y no es un acto de justicia y de preceptiva ética social romper el hilo y la jaula, para libertar la vida postuma del genio que no logró romperlos en su vida física?

Ante tales consideraciones, pareceme evidente que el mejor epitafio y el más honroso para el ilustre académico, es este:

Aquí yace el cadáver
de un Genio cautivo de la Iglesia.
Su alma ha volado
á la región de la libertad.
En sus libros inmortales,
discierne, lector, lo que escribe
como cautivo oprimido del tirano,
de lo que intenta escribir
su espíritu rebelde, y hallarás fácilmente
en la frase de aparente lisonja
la severa maldición contra el déspota.
Compadécele en su desgracia;
admírale en su lucha pertinaz;
escarmienta en su ejemplo.

S. PEY ORDEIX

El genio

El genio es una entidad como la naturaleza, y, como ésta, quiere ser aceptado pura y simplemente. Una montaña se toma ó se deja. Pero hay gentes que hacen la crítica del Himalaya piedra por piedra.

El Etna resplandece y babea, arroja de sí su luz, su cólera, su lava y sus cenizas

polvo á polvo. *¿Quot libras in monte summo?*

Pero mientras, el genio continúa su erupción. Todo en él tiene su razón de ser; es, porque es. Su sombra es el contraste de su claridad: tiene humo porque tiene llama.

No hay que exigir que Fidias esculpa las catedrales ni Pinagrier *vidrie* los templos: el templo es la armonía, la catedral es el misterio: son dos modos diferentes de lo sublime.

No reprochamos el aguijón á quien nos da la miel; renunciemos al derecho de criticar las patas del pavo real, el guito del cisne, el plumaje del ruiseñor, el polvillo de la mariposa, la espina de la rosa, la piel del elefante, el murmullo de la cascada, el grano de la naranja, la inmovilidad de la vía láctea, la amargura del Océano, las manchas del sol, la desnudez de Noé.

El *aliquando bonus dormitat* es permitido á Horacio; pero ciertamente Homero no lo diría de Horacio. No se tomara ese trabajo. El águila encontraría encantador al colibrí.

Convengo en que es grato á un hombre sentirse superior y exclamar: «Homero es pueril. Dante es infantil.» Da ganas de reír. ¡Aplastar un poco á esos genios! ¿por qué no? Llamarse abate Toublet, y decir: «Milton es un escolar», es agradable.

¿Qué ingenio el de aquél que encuentra que Shakespeare no tiene ingenio! Se llama La Harpe, Delandine, Auger, y es, fué, ó será de la Academia. Y dicen: *Todos los grandes hombres están llenos de extravagancias, de mal gusto, de pequeneces...*

Estas maneras halagan voluptuosamente á quien las tiene. Y, en efecto, cuando se dice: «Este gigante es pequeño», puede uno figurarse que es grande. Cada cual es como es.

En cuanto á mí, y ¡admiro todo en los genios como un bruto.

¡Admirar! ¡Ser entusiasta! Me ha parecido que en nuestro siglo había que dar este ejemplo de estupidez.

VICTOR HUGO

Lo que dijo el cazador de serpientes

Junto á la ciudad de Yon Chou, en su campiña, se crían unas serpientes extrañas de cuerpo negro con listas blancas. Las plantas que tocan mueren sin excepción. Su mordedura no tiene remedio. Pero la serpiente, una vez muerta y seca, se utiliza como eficaz remedio contra el reuma y una porción de enfermedades. Por tal causa, ya de antiguo, un médico de la Corte, en nombre del Rey, recogía las serpientes dos veces al año, reclutando á cuantos podían cazarlas, eximiéndoles de contribución durante el tiempo que se dedicaran á esta peligrosa ocupación y una vez que ya hubiesen mandado algunas serpientes. Los habitantes de Yon Chou

se dedicaron en gran número á esta profesión.

Una vez pregunté á uno de estos cazadores sobre este particular. Se llamaba Tchian y era vecino de Yon-Chou, donde su familia, desde su abuelo, sólo había tenido esta ocupación.

—Mi abuelo, respondió con cara de sufrimiento, murió de la mordedura de una serpiente; mi padre también murió por la misma causa; yo llevo doce años de cazador, y muchas veces estuve a punto de morir.

—¿No te agrada la profesión? le pregunté compadecido. Pediré al alcalde que cambie tu oficio, para lo cual basta que estés dispuesto á pagar el tributo correspondiente. ¿Quieres?

Tchian se impresionó grandemente, y llorando exclamó:

—¡Oh, qué desgracia! ¡Señor; usted, compadecido, quiere evitar mi muerte, mi suicidio, que no otra cosa es mi profesión! Pero advierta que, aun cuando soy un desgraciado á causa de mi oficio, lo sería más si pagara contribución. ¡Si tributase, hace tiempo que hubiera enfermado!

Desde mi abuelo, hace ya sesenta años que vivimos aquí, y los vecinos cada día encuentran más difícil la vida: tienen que remitir los productos del cultivo de los campos, y más aún, para satisfacer los impuestos del gobierno. Emigran lanzando ayes de dolor y regando con sus lágrimas la patria que abandonan, y siempre agotados por el hambre, la sed y la fatiga, que tan por los caminos; el agua, el viento y los bruscos cambios de temperatura desarrollan epidemias que les hacen caer sin vida unos sobre otros á lo largo de los senderos. Casi ya no quedan más que una décima parte de los convecinos de mi abuelo, una tercera parte de los que lo fueron de mi padre, y una mitad de los que lo fueron míos; todos los demás murieron unos en la emigración, otros suicidados.

Sólo yo existo, por mi oficio: cazador de serpientes! Cuando los agentes ejecutivos, que de Oriente á Occidente y de Norte á Sur todo lo invaden, llegan á Yon-Chou, hasta los perros y las gallinas tiemblan. En cambio yo me levanto tranquilo é inspecciono la jaula de mi serpiente donde se encuentra intranquila; pero allí está. Entonces, sosegado, duermo profundamente. Cuidadosamente alimento mi serpiente, y á su tiempo la mando á la Corte. Aparte de esto, como y comeré alegremente el producto de mi ocupación, que es suficiente. Por tal causa, sólo dos veces al año salgo en busca de la muerte; los demás días son de contento y alegría para mí, mientras mis convecinos viven de casualidad. Aun hoy, si yo muriese, habría salvado mejor que muchos de mi paisanos. ¿Por qué, pues, no ha de agradarme mi profesión?

Oyéndole esto, me impresionó profundamente. Confucio dijo: «Una política cruel, lo es más que el tigre.» Antes dudaba sobre tales opiniones: ahora me he convencido. ¡Qué desgracia! ¡No es posi-

ble que se imaginase nadie que el tributo es más venenoso que la serpiente!

De «Hina Socialista.»
(El Socialista chino).

Traducido al esmeranto de la lengua china por K. Ch. Hsiao, y del esmeranto al español por Virama.

La lámina de hoy

Contrastes

EL CURA

Pecados de tres al cuarto
y pecadores vulgares;
penitencias que no pasan
de padrenuestros y salves;
ni una costosa novena,
ni un donativo importante.
Esto da el confesonario:
cualquier clérigo lo sabe.

EL FRAILE

Conmovedores relatos,
anécdotas chipeantes,
el pecado oliendo á gloria,
el vicio con cara de ángel;
regalos para el convento
de custodias ó de cálices;
donativos de vituallas
y de dinero contante.
Esto da el confesonario:
que lo diga cualquier fraile.

Dígame usted, señor cristiano, que Dios condenará á un buen hombre que no cree en la divinidad de Jesús y que salvará á un pillo ó á un bruto que crea en ese dogma. Si es así, le diré á usted que nada quiero saber ni de ese Dios ni de esa religión, y más aún: que el mundo nuestro será una mansión más agradable cuando esa religión y ese Dios hayan desaparecido.

Por los pecados de amor

Yo quiero romper una lanza en defensa de las mujeres que cometen pecados de amor. Y yo quiero decir que los hombres que matan á estas pecadoras son arrastrados al crimen, más que por el oprobio sufrido, por fueros de su amor propio ó latigazos de su carne. Sin embargo, nada debe haber más insufrible que las frases aceradas de las mujeres, dichas en ciertas ocasiones, y nada ciertamente más expuesto para ellas que las insolencias del lenguaje cuando, desamparadas por la ley y por sus pecados de amor, están á merced de la voluntad del hombre, que cuenta de antemano con la indulgencia del Cójigo y la simpatía de todos.

De cuanto existe han hecho los humanos deber, hasta de la divina sensualidad, y es bárbaramente insufrible una vida llena de deberes, como esta vida nuestra en que, para legislarla, se han menospreciado tanto sus elementos naturales. El matrimonio es, sin duda, un sacramento

perfecto para la creación de la familia, pero no lo es tanto para conservar el fuego sagrado de las ilusiones. Afortunadamente la mujer, en su mayoría, parece hecha de propio intento para la virtud, sin que yo sustente, como algunos hombres cínicos, que tanto vale decir insensibilidad. Pero supongamos en hipótesis que pueda existir una mujer activa, de inquietudes sexuales, y supongamos, por para'elismo con nuestra naturaleza, las torturas de su carne sometida á la virtud.

Y, lo que es más absurdo, sometida al deber, sometida al matrimonio y al deber del matrimonio, agotador de las exquisitas nonadas que son la vida del amor; y arroje el que esté libre de culpa la primera piedra. En el escudo nobiliario de nuestra leyenda es el mayor cuartel el de la hidalguía, ¿no es cierto? ¡Lástima que la mujer pueda cruzarla con un crespón!

¿No nos convendría ir olvidando un poco el teatro calderoniano y crear nuevos valores, siquiera fuese por «sport»? ¿No se le podría trazar al escudo una banda, cuyo lema dijera «Equilad»? Va sonando la hora, ó de romper los viejos timbres, ó de renovarles sus emblemas. Es francamente de mal gusto privar de la vida á un semejante. En las nuevas prendas que la moda nos impone, el bolsillo para el revólver no existe. El ch. quetón que esconde en su seno la navaja cabritería se puede vender á los coleccionistas de antigüedades.

¿No os parece que va pasando de moda? Sin embargo, con lamentable frecuencia se sigue matando mujeres, con el altísimo pretexto del honor, y los que quedan, sonriendo enigmáticamente, subrayan la gallardía.

Yo no quisiera pensar de las mujeres como Confucio; quisiera, como Jesús de Calilea, compadecerlas, y como el poderoso señor nuestro D. Quijote de la Mancha, ampararlas, enaltecerlas y servirles; pero quisiera también que floreciera en sus almas la rebeldía contra la tiranía del hombre. Llegará un día—dijo Catón—en que las impúdicas cortesanas se consuman de amor, destronando para siempre el imperio del comercio de su carne, y ese día el hombre se borrará de la Historia. Tal vez fuera más lógico que el eje social estuviese en la mujer, y que el hombre, como el polen de las flores, se posara, llevado por el viento, sobre todas las corolas. Me diréis: del hombre es el mundo; y yo contestaré: el mundo del fingimiento de amor, sí; el otro, el que es alma y aliento de la Divinidad, ese, no; ese es de unos pocos elegidos á quienes turban su felicidad los demás, por envidia de su suerte; para quienes se han hecho las leyes y los asesinatos, el odio colectivo y la envidia privada. ¡Esos, esos son los únicos! ¡Qué lástima deben de sentir las mujeres, en sus instantes de juicio, de los hombres y de la vanidad de los hombres! El hombre ha forjado la «aventura» y se llama á sí mismo el alma de ella; ¿sabe acaso el hombre qué es aventura? De eso sólo pueden hablar las mujeres.

Pero si todo esto es muy bello literariamente, es á cambio de ser un valor negativo; y la mujer, cuando despierte de su sueño de servidumbre, será para afirmar su personalidad y no pagar con su vida los fraudes de amor legal, así como no pagan con ella los miles de hombres que burlan, atropellan y escarnecen, no sólo los pactos de amor, sino todos aquellos que constituyen lo que llamamos por humorismo, el pacto social.

LUIS HUIDOBRO

Suscripción "Cruz Roja,"

	Pesetas.
Suma anterior.....	2011'62
Genaro M. Yañez, (Medina del Campo).....	5'00
Hipólito S. Luengo, 2'00.—Ramón Varela, 10'00.—Franco Cortes, 1'00.—Eusebio Sotillo, 5'00.—Modesto Pérez Molina, 1'00.—Un socialista, 1'00.—A. Amoeira, 1'00.—A. Cid, 2'00.—N. M. y G., 2'00.—J. García Muñiz, 1'50.—Sabino Valín, 1'00.—Dionisio Rey, 0'50.—Amancio Casares, 1'00.—Ángel Muñoz, 1'00.—A. Perille, 2'00.—Un republicano, 1'00.—S. Novoa, 0'50.—Santos Fernández, 3'00.—Franco Ulreona, 1'00.—José Benavides, 0'50.—Ramón Reina, 1'00.—Manuel González, 0'75.—Juan F. Pérez, 1'00.—José Villamarin, 1'50.—(Todos de Orense).....	42'25
E. Montserrat, 0'25.—Salvador Llorens, 1'00.—Francisco Parera, 0'25.—(Los tres de Gracia Barcelona).....	1'50
Dimas Sawstrong, (Barcelona). Gregorio Raduá, 0'50.—Jacinto Florenca, 1'00.—José Raduá, 1'00.—(Los tres de l'Esquerde-Francia).....	2'50
José E. Delgado Bruzón, 25'00.—Centro Republicano Federal, 25'00.—Carlos Moreno Melgar, 10'00.—Francisco Jurado Cansino, 5'00.—Justo Estrada Haro, 2'00.—José Illanes Calzado, 2'00.—Antonio Jurado Galvez, 2'00.—Francisco Luque B. Itrán, 2'00.—Baldomero Giménez Luque, 1'00.—Francisco Velasco Gallardo, 1'00.—José Gallardo Galvez, 1'00.—José Nuflo Priego, 1'00.—Pascual García López, 1'00.—Mariano Román Rivas, 1'00.—Eugenio Cano Aceto, 1'00.—(Todos de Puente Genil)....	80'00
Suma y signe.....	2144'87

Suma anterior.....	2144'87
Saturnino Oucala, 0'50.—Juan B. Fornas, 0'25.—Joaquín Mantolío, 0'10.—(Los tres de Barcelona).....	0'85
José Vilaseca, (Suria)....	0'25
Juan Giménez, (La Sierra)...	0'25
Antonio López Anaya, (Buenos Aires).....	8'50
T. Pasalamar Adell, 0'50.—Daniel Ferré, 0'50.—D. maso Gavalda, 1'00.—José Matamoros, 0'50.—Concepción Cabanes, 0'50.—Rosa Canalda, 0'50.—Teresa Gavalda, 0'15.—Jorge Gil, 0'25.—Vicente Raga, 0'50.—Juan Casola, 0'50.—Ramón Elías, 1'00.—José Agramunt, 0'50.—Carmen González, 0'25.—Miguel Ferré, 0'25.—Bautista Gavalda, 0'25.—Manuel Guarch, 0'15.—Un amante de la República, 0'25.—Juan José Ivars, 2'00.—Gonzalo Ivars, 2'00.—(Todos de Uldecona).....	11'55
Pedro Sánchez, 0'50.—Juan Sánchez, 0'50.—José Sánchez, 0'50.—Pedro Ramos, 0'50.—Martín García, 0'50.—J. P. L., 0'50.—M. García Pintor, 0'50.—(Todos de Calañas).....	3'50
Casa del Pueblo de Carmona. Emeterio Ocariz, 0'50.—José Beroiz, 0'50.—Ramón Beroiz, 0'50.—Mauro Larequi, 0'25.—Francisco Aceto, 0'25.—Isidro Salaverría, 0'50.—Javier Serra, 0'50.—Aquilino Gimeno, 0'50.—(Todos de Hernani).....	3'50
F. M. Ll., (Melilla).....	0'50
Tomás Velez Parra, (El Valle). Francisco Pérez, (Coruña)...	5'00
Centro Republicano Tortellanes.....	10'00
Ramón Alloza, 0'50.—Un socialista, 0'10.—Francisco Cupinera, 0'25.—Jaime Cases, 0'10.—Octavio Pereña, 0'50.—José Font, 0'50.—Juan Font, 0'30.—Jaime Calderó, 0'25.—Francisco González, 0'20.—Hermínia Ibars, 0'10.—Luisita González, 0'10.—Un socialista, 0'20.—Alejandro Larrosa, 0'10.—Damián Hortelano, 0'10.—Pedro Servat, 0'10.—José Casals, 0'25.—E. S., 0'25.—José Beá, 0'50.—Juan Roselló, 0'25.—Miguel Roig, 0'25.—Enrique Amaros, 0'25.—Serafin Estivill, 0'25.—Pablo Gimet, 0'20.—(Todos de Lérida).....	5'60
Pío Gil Torres, (Villena)....	4'00
Gabriel Cebrian, (Utebo)....	11'00
Claudio F. Rua, (Gijón)....	5'00
Santiago Esquerdo, (Carabanchel).....	5'00
Antonio Peña Rosua, (Asquerrosa).....	5'00
Félix Luna, (Los Santos)....	0'30
Suma y sigue.....	2244'67

Suma anterior.....	2244'67
B. D., (Madrid).....	2'00
T. R., (Ilem).....	3'00
Manuel Cortés Jimenez, (Marbella).....	2'00
Juan Reyné Sureda, (Lloret de Mar).....	1'00
José Pastrana, (Linares)....	2'50
Lorenzo Salvado, 0'25.—Gregorio Salvado, 0'25.—Emilio Mañá, 0'50.—Ramona Soro, 0'25.—Bautista Altadill, 0'50.—Blás Salvado, 0'25.—Vicente Soro, 0'25.—Agustín Font, 0'25.—Tomas Sabaté, 0'25.—Sebastián Font, 0'50.—Vicente Ceuma, 0'25.—Juan Sardi, 0'25.—Ramón Vidal, 0'25.—Consuelo Font, 0'25.—Emilio Pedrola, 0'50.—Antonio Prades, 0'25.—Joaquín Vandellos, 0'25.—Antonio Antolí, 0'15.—Francisco Esquirol, 0'10.—Juan Fontanet, 0'10.—Mateo Font, 0'10.—Miguel Saún, 0'10.—Miguel Aubá, 0'10.—Lorenzo Esteve, 0'10.—(Todos de Gandesa).....	6'00
Varios republicanos de Irún..	20'00
Arturo Álvarez Condés, (Ginzo de Limia).....	3'00
Suma y sigue.....	2284'17

Una pastoral inédita

El sabio obispo de Hades se hallaba inmóvil en su sillón de cuero, con el codo apoyado encima de la mesa de viejo nogal, puesta la barba en la mano y el dedo índice extendido sobre los labios, hasta rozar la afilada nariz *dalmento al naso*, como dice el Dante describiendo esa misma actitud que, á lo que parece, le era también familiar. Con la otra mano sostenía el prelado la pluma, á punto de posarse en las blancas cuartillas. Junto á ellas estaba el tomo de las cartas de San Pablo, abierto por la segunda á los Corintios. Pero el moderno sacerdote del Apóstol no leía ya, sino que meditaba ensimismado ó acaso dudaba entre opuestos designios mientras sus ojos medio cerrados detrás de las gafas, percibían distraídamente por la ventana abierta la mancha casi anaranjada de la torre de la catedral encendida en la luz de una mañana de Primavera.

—No más dudas, Dios mío—exclamó al fin—. Como dice el Apóstol, lo que pienso hacer, piénsolo según la carne para que haya en mí *si y no?* Sea, pues, *si*. Y su mano trazó reposadamente sobre el papel, en gruesos caracteres estas palabras: *Instrucción pastoral sobre la enseñanza del Catecismo en las escuelas*.

Al dirigirme á vosotros, mis queridos hermanos, lo hago como enseña el Apóstol, «no con altivez de palabra ó de sabiduría», sino al contrario, «con mucho temor y temblor». Mas por el pastoral ministerio que, aunque indignamente, ejerzo en la Iglesia de Dios, véome constreñido á llamar severamente vuestra atención habiándoos á la conciencia y corrigiándoos mediante aquellas amonestaciones fraternales que, como el mayor favor que puede prestarse entre cristianos, tanto recomiendan las Sagradas Escrituras.

Sinceramente debo deciros que la enseñanza del Catecismo en las escuelas, por el criterio con que se da y el método que se sigue, viene siendo para mí una piedra de escándalo y un manantial de amargura. Suelen los maestros, en esta enseñanza, obliga-

A los niños á retener en la memoria, con rabinica exactitud literal, centenares de preguntas y respuestas, áridas, secas que nada pueden decir á su mente ni á su corazón.

La palabra de Dios ha quedado petrificada en esas mezquinas fórmulas sin alma, definiciones puramente verbales, largos catálogos de vicios y virtudes, retazo descolorido de una Psicología ya inadmisible ó de una Filosofía definitivamente superada por el pensamiento cristiano de nuestros días. Y éste es todo el sustento espiritual que dá á los niños en esa edad de la gracia en que buscan ansiosamente la vida y la luz? Recordad la pregunta del Evangelio: «¿Qué hombre hay de vosotros, á quien si su hijo pidiese pan le daría una piedra?»

Nada en esa lamentable enseñanza del Catecismo despierta el verdadero sentimiento religioso. Nada es atractivo para la infancia, nada hay que dulcemente la seduzca y conquiste satisfaciendo su natural deseo de saber y ensanchando el horizonte de su conciencia moral. ¿Por ventura hablaba así Jesús, el Maestro de los niños? ¿Hablabales en ese lenguaje ininteligible ó se valía más bien de parábolas llenas de encanto, de poéticos ejemplos y comparaciones de relatos sencillos, humildes, pero no por tan humildes menos divinos? No sé de ninguna escuela en que se lea á los niños el Sermón de la Montaña. Diréis acaso que lo explicáis. Mas yo creo que lo que hacéis es esconder la lámpara debajo del almud en lugar de ponerla sobre el candelero, porque la palabra de Jesús es mucho más clara que vuestras explicaciones.

No enseñáis, pues, queridos diocesanos, el Catecismo á la letra, sino la religión en espíritu. Que no lo graven los niños en su memoria como en tablas de piedra, sino, según el dicho del Apóstol, en las tablas de carne del corazón. «Porque nuestras letras son vosotros, escritas en nuestros corazones: no con tinta, más con el espíritu de Dios vivo.» Vosotros los educadores y maestros sois, en cierta manera, como los sacerdotes, ministros de un nuevo pacto: «no de la letra, más del espíritu; porque la letra mata, pero el espíritu vivifica».

Y porque hemos olvidado el espíritu, está estéril la educación religiosa. Así vemos que, aun entre los que se llaman cristianos, reinan la mentira, el odio, la sed de mando, el ansia de atesorar dineros, la opresión de los pobres y los débiles. Hemos perdido la santa fraternidad cristiana. Al frente de las obras de la fe veo á los poderosos y á los ricos. Pero la misma fe nos enseña que los ricos no entrarán en el reino de los cielos, mientras los camellos no pasen por el ojo de las agujas. Preciosa es la fe, hermanos míos. Sin embargo, el amor, la caridad, es antes que la fe. «Y ahora permanecen la fe, la esperanza y la caridad, estas tres: empero la mayor de ellas es la caridad.»

Es evidente, mis buenos diocesanos, que una reforma profunda en la enseñanza de nuestra divina religión no puede proceder más que de lo íntimo de la conciencia de los maestros. Muchos de ellos, aunque guardan por tradición ciertas prácticas piadosas, no son hombres de un espíritu verdaderamente cristiano. Algunos, desgraciadamente, se hallan fuera de la Iglesia. Es, pues, ante todo indispensable que nos dirijamos al Pöbl público para que no imponga la obligación de enseñar el Catecismo á aquellas maestras cuya conciencia no les permita hacerlo con toda pureza de intención y sinceridad de palabras. ¿Cómo podríamos tolerar semejante profanación!

Lo mejor sería que la enseñanza de la religión no se diera en las escuelas como una asignatura más, explicada por maestros en cuyas almas, aun siendo ellos ortodoxos, no siempre está vivo el espíritu de Cristo, sino en el recogimiento del hogar de labios de la madre y del padre, y principalmente en el templo por ministerio de los párrocos y demás sacerdotes, que son los que del mismo Dios recibieron misión tan elevada.

Pero, entretanto, bueno será que el Poder civil, en interés de la fe y de la piedad, exima de la enseñanza religiosa á aquellos

maestros que no prefieren tener el deber, ni aun el derecho, de dar esa enseñanza. Así lo reclama el respeto debido á nuestra santa religión, la cual no sufre ser impuesta violentamente, sino que sólo florece en una atmósfera de libertad.

Lo exige también la vida moderna, á la que nuestros eternos principios han de adaptarse, porque, como afirma un ilustre profesor católico de la Universidad de Friburgo, el R. P. Bernardo Alló, de la Orden de Predicadores, «donde la idea religiosa no evoluciona, se disolverá, á menos que subsista petrificada en inteligencias también parcialmente petrificadas.» No es eso ciertamente, lo que quiere el Señor, si no hacernos libres por la verdad. «Porque según San Pablo, el Señor es el espíritu; y donde hay el Espíritu del Señor, allí hay libertad.» Y, en este sentido yo os escribo mis queridos hermanos en Cristo, «no adulterando la palabra de Dios», sino, como es mi deber, «dirigiéndome á toda conciencia humana delante de Dios».

El importante documento del obispo de Hades no llegó á publicarse. Detrás del sí volvió temblando el no. Pero la escasa discreción de un clérigo docto á quien le fué entregada copia del escrito, nos permite conocer sus principales párrafos, que, por nuestra parte, no vacilamos en trasladar á la letra de molde para edificación de las almas verdaderamente religiosas.

LUIS DE ZULUETA

Hay personas á quienes no les entra en la cabeza que el mundo ha progresado, que Moisés resulta un poco atrasado en el presente siglo, y que, para ponerse al nivel de la ciencia actual, fuerza es dejar á un lado las antiguas creencias religiosas.

La taumaturgia de Fray Vicente Ferrer

Los católicos y heterodoxos valencianos, sumisos á la costumbre, holgaron ayer para exaltar la memoria del fraile dominico Vicente Ferrer, elevado á los altares á mediados del siglo xv por el papa Pio II, mercedamente tal canonización porque el santo valentino, además de ser elocuente y hábil diplomático, obró milagros de gran relieve, de entidad superlativa, de inconcusa prodigiosidad y de valor probatorio en el palenque de la taumaturgia.

Pocas pruebas de perspicacia dan los profesionales de la fe para que ésta no amaine en las conciencias y en el criterio de los españoles dejados de la mano del Dios de Benedicto XIII, por más señas Papa Luna.

En lugar del *Exurgat Deus et dissipetur inimicus ejus*; en lugar de guerras civiles y de cooperativas católicas y de presentar en forma de batalla á las damas y porteras, y de atentar contra la cavidad abdominal de los incrédulos, bien pudieran recurrir al arsenal del prodigio, como medio de reducir á la impotencia á los que por puro *sport* ó influenciados por el espíritu malo no dan su brazo á torcer, negando satánicamente que de la sanidad del alma están encargados única

y exclusivamente los doctores de la ley romana.

Suplamos nosotros su incuria ó su omisión.

Oigan los réprobos y humildes.

Dice un autor extremadamente católico.

«El año 1840 entró en Morella San Vicente Ferrer por la puerta de San Mateo; un concurso numeroso invadía todas las calles de la carrera, y el pueblo devoto le cortaba pedazos de su capa para conservarlo como preciosa reliquia. En esta época quiso Dios obrar por intercesión del santo uno de sus mayores milagros; una señora que tenía perdido el juicio acudió con el más vivo deseo á oír los sermones del apóstol valenciano; su esposo deseaba obsequiar al P. Vicente conviniéndole un día á comer á su casa, y al efecto, lo participó á su señora en uno de los intervalos que se hallaba en cabal juicio, encargándole que arreglara una comida de lo más selecto. Conformada la señora, después de pensar largas horas qué comida podría arreglar que más bien pudiera llenar los deseos de su marido, determinó matar á un niño que tenían como la cosa que más apreciaban ambos esposos; lo tomó en sus manos, le dió la muerte, y aderezó con su carne la comida. Llegada la hora, al tiempo de sentarse á la mesa en donde estaba depositada la vianda, preguntó el dueño de la casa por el niño, contestando su esposa con la mayor jovialidad: «No me has encargado que la comida fuese de lo mejor? ¿Qué cosa más apreciable que nuestro querido hijo? Sólo su carne puede llenar tu gran deseo, obsequiando al padre Vicente con lo más precioso de nuestra casa.» Al oír el marido tan horroroso relato, cayó á los pies del santo implorando su favor, pidiendo le restituyera la vida á su hijo, y al momento hizo el padre Vicente la señal de la cruz y se levantó el niño tan hermoso como estaba antes.»

Y vestido, calzado y con una gorrilla muy graciosa color limoncillo, limoncito ó limonzuelo de San Gerónimo, según unos historiadores, azul celeste según otros, y *matiz* palo-santo según algunos *croniqueurs* testigos contemporáneos, con los discrepantes de aquella providencial resurrección de la infantil carne guisada, que tanto inclinó la balanza á favor de la canonización, de la santidad evidente de Vicente Ferrer; quien además de obrar milagros tan apabullantes, caso de haber florecido en el momento rigurosamente histórico de la construcción de la torre de Babel no hubiera rezado para él, para el santo, hijo de un notario de Valencia, la confusión de lenguas, pues, es fama que, por gracia divina también, las habló todas y sus respectivos dialectos correctamente con las preceptivas gramaticales y literarias del mundial léxico.

Lo cual nada tiene de extraño, habida consideración que este don de lenguas es caso menos portentoso que el brinco del destrozado y mechado niño morellano desde la cazuela á su silla.

Así, pues, cartuchera en el cañón, *suficiente* de anticlericalismos.
Milagros deponen.

El Clamor.

Castellón.

Un hombre que miente cuando habla en su nombre sólo, mentirá cuando invoque el nombre de Dios.

Jamás un juramento obligó a un embustero a decir la verdad.

Propaganda anticlerical

Socaliñas eclesiásticas

¿No conocéis el santuario de la Virgen de Sonsoles, en Avila? Pues os lo vamos a mostrar en cuatro rasgos, para que de él podáis formaros una idea.

Ni de arte, ni de la riqueza parece que sea aquel templo natural albergue. Fábrica de triste mampostería, con tres naves, poco altas; un retablo más aparatoso que artístico; una sacristía holgazanísima, pero desmantelada; junto al camarín, reducido compartimento, sobre cuyas paredes llenas de polvo vense colgadas infinidad de ofrendas, la ermita de Sonsoles resulta un edificio de todo en todo vulgarísimo.

Por nuestra parte, confesamos no haber sentido más curiosidad allí que la que naturalmente despierta por la vista de objetos, tales como una navicilla de madera correspondiente a la primitiva de plata ofrecida por un devoto, a quien diz libró la Virgen de pavoroso naufragio, y que ha desaparecido; y, como un caimán muerto a manos de otro devoto: ¿en algún río de África, de Asia, ó de América? No: de fijo en las márgenes del torrente Grajal ó en las riberas del río Adaja, y de cuyas mandíbulas se libró el infeliz por intercesión directa de la Virgen; ex votos ambos, pendientes de los arcos laterales del templo.

Y si vimos con lástima en el cuarto de las ofrendas innumerables trenzas de pelo insensatamente cortadas a sus cabezas por las bellísimas jóvenes de Avila, en trasquileo no sólo inútil, sino ridículo, en cambio nos regodeamos de gusto leyendo la composición poética que sobre un bien proporcionado cepillo ha puesto la mano de los clericales, para hacerles vaciar a mansalva, allí, la bolsa a los incautos.

Dice a la letra el místico cartel:

«Fieles cuya devoción esta imagen santa excita a visitar en su ermita, parad aquí la atención: Si la fe a venir os mueve a rogarla con fervor, sabed que el culto es mayor con la limosna, aunque leve. La Virgen, acá en el suelo, recibe el don que la hacéis, y pagado le hallaréis, sobradamente en el cielo.»

Como se ve, la musa del clericalismo no brilla en esta coyuntura por su ins-

piración, pero, cual siempre, brilla por y para su provecho.

Parece mentira que la credulidad del vulgo ignaro raye tan alto y la ruindad de los místicos de profesión baje tan a lo profundo.

La entrada, naturalmente, es libre, como en los modernos bazares del comercio, en las iglesias católicas; pero la permanencia en ellas ¡cuán cara resulta!

Los más místicos oficios, las más sagradas ceremonias, las procesiones más fervientes; desde los benditos sacramentos hasta los responsos litúrgicos, todo en ellas se convierte en dinero. La misa que devotamente oís, tiene su estipendio; el sermón que desde el púlpito os endilgan, en cobre, plata u oro se trueca; el «Requies cant in pace» a los muertos, la bendición matrimonial a los vivos, el agua bendita a los recién nacidos, todo se convierte allí en dinero para el clericalismo.

No dáis un paso en las iglesias católicas sin que a seguida os asalten con sus cepillos ó sus bandejas los sacristanes demandándoos metálico. Si os acercáis a tal ó cual capilla, en su petitorio, los hermanos de una u otra cofradía, ó lo que es más grave, por más comprometido aún, las hermanas, os incitan a vaciar en sus vasijas de plata vuestro ya escualido bolsillo. Si fatigados de estar en pie, tendéis la mano para coger una silla, dinero os han de pedir; si pretendéis casaros con una mujer extraña, dinero; si es con próxima parienta, muchísimo, pero muchísimo más dinero.

Dírlais que les pasa a los clericales lo que al avaro del cuento, quien a fuerza de arrehalar y pedir al cielo oro y más oro para sus arcas, llegó a transformarse, como todo lo que tocaban sus manos, hasta su propia hija, en reluciente, pero vil metal. Con la única diferencia de que, mientras la abundancia del precioso metal fué una maldición contra el avaro, la abundancia del precioso metal en las iglesias es una bendición para el clero.

Responderán a todo esto los ultramontanos que ellos, los clérigos, de algo han de vivir. Sea en buen hora; pero confiesen con llanza en tal caso, que su oficio divino es un oficio como otro cualquiera, es decir, como otro cualquiera no, más cómodo y más lucrativo que otro cualquier oficio manual ó intelectual de los profanos.

Lo cierto es que, a fin de no perder el tiempo ni desperdiciar ocasión, cuando ellos no demandan personalmente en pago de sus faenas místicas dinero a los fieles, pidenlo por ellos las bocas siempre abiertas de sus cajas de ánimas, ó las grandes hendiduras, jamás cerradas, de sus cepillos para sostener el culto, cual este que acabamos de ver en la ermita de Sonsoles.

GINES ALBEROLA

Cuentecillo

En la iglesia para negros de Savannah (sabido es que en los Estados Unidos,

los blancos y los negros no pueden invocar a su mismo Dios en una misma iglesia), deseando el predicador acabar el sermón con una escena sensacional, encargó al sacristán que cuando él le hiciera una señal, soltara de lo alto de la bóveda una paloma blanca, que para la multitud crédula pasaría por el Espíritu Santo.

Dada la señal, el sacerdote quedó espantado al pronunciar las palabras convenidas, y ver bajar, en vez de una paloma un gato haciendo contorsiones en el extremo de una cuerda.

—¿Cómo es eso, exclamó, dónde está la paloma?

—En el gato, señor cura, contestó el sacristán; se la ha comido.

Bibliografía

Pan y Toros, por Eugenio Noel, es el último libro que han publicado en su colección de Libros Populares los editores valencianos Sres. F. Sempere y Compañía.

La popularidad que en estos últimos años ha alcanzado el batallador propagandista en sus conferencias antitaurófilas da gran oportunidad al libro del señor Noel, y no es aventurado esperar que los editores verán recompensado su afán por dar en su ya rica colección libros de tanto mérito a precios tan económicos.

Este libro lleva en la cubierta el retrato de su autor y se vende a una peseta en todas las librerías.

VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanas)

Segunda edición.—318 páginas.

Precio: 2 pesetas

LIBERTAD Y A ELLOS!

por José Nakens
DOS PESETAS

Almanaque del carlismo

para los años 1913 a 1999,
POR "EL MOTIN"

Dedicado al obispo de Barcelona

DON JUAN LAGUARDA

ILUSTRADO CON 18 GRABADOS

Precio: UNA peseta.

Dios ante el sentido común

Por el cura Juan Meslier

Se ha puesto a la venta la sexta edición de esta célebre obra, agotada hace tiempo.

Precio: UNA PESETA

Los obispos

por

ROBERTO ROBERT

públicas. Enrique V declaró libres á los artesanos y los negociantes; los ríos de Alemania se cubrieron de naves; la abundancia de bienes terrenales y pasajeros apastó pueblos y campos, y el orgullo satánico se apoderó de aquellos ciudadanos que en menos de siglo y medio aumentaron su poder hasta el punto de hacer temblar más de una vez á los reinos de Suecia y Noruega, como dice el mundano Pfeffel al hacer la historia del derecho público de su patria.

Hemos convenido ya en que ya no se podía pedir más á la corporación arzobispal.

Pues bien: ahora vamos á demostrar que dió más de sí que lo que podía pedírsele.

Lotario reinó en paz hasta su muerte, ocurrida en 1137.

Sólo tuvo que reñir con Federico de Hohenstaufen y con Enrique de Baviera.

Tuvo también que desposeer de sus Estados al señor de Franconia y al de Turingia, pero aquello fué una trifulca, y si bien se vió obligado á ir con su ejército á colocar en su solio á Inocencio II, con cuyo ejército no pudo entrar en Milán ni echar de Roma al anti-Papa Anacleto, ni pudo dejar de ceder la Baviera á su yerno y devolver sus feudos y honores á Federico y á Conrado, y se vió obligado á talar las tierras de los cremoneses, en cambio se lee en un libro muy bueno, que «hizo tan grandes cosas que dejó atrás cuanto habían hecho todos los reyes francos desde Carlomagno».

Y en efecto; tomó á Capua, Troya, Salerno, castillos fuertes y ciudadelas inexpugnables, y venció al propio Roger y lo puso en fuga.

Y todo esto lo hizo en doce años de reinado; de manera que todo el tiempo que no empleó en esas cosas, él y el Papa y los pueblos vivieron en una paz que oía á mano de arzobispo desde cien leguas.

Decíamos que el poder arzobispal había dado de sí más que podía pedírsele, y que íbamos á probarlo.

No hay cosa más sencilla. Basta decir que así como el arzobispo de Maguncia había dado el imperio á Lotario, muerto éste, el arzobispo de Tréveris se lo dió al duque de Franconia.

Enrique el *Soberbio* y Federico de Hohenstaufen eran respectivamente los representantes de lo que hoy llamaríamos partidos güelfo y gibelino.

Entonces no había partidos: esa plaga era desconocida: había *casas*.

El arzobispo, por consideración al miedo que infundía Enrique, trabajó se-

creta y rápidamente, como de *requiem*, la elección del duque de Franconia, y el Occidente tuvo emperador y le llamó Conrado III. y le vino muy aache; y cuando medio mundo ignoraba si tendría pronto ó no tendría emperador, ya éste sin ruido y entre dos luces se había coronado en Aix-la-Chapelle.

Así como su antecesor había empezado destituyéndole á él, él tuvo que empezar destituyendo á Enrique el *Soberbio* y quitándole los ducados de Sajonia y Baviera; dió el uno á Alberto el *Oso*, y el otro á Leopoldo IV, margrave de Austria.

Los amigos de Enrique tomaron armas por éste; los enemigos de Alberto arrojaron á éste de sus tierras; el emperador tuvo que devolver la Sajonia á Enrique, tuvo que indemnizar á Alberto, y bajo su reinado se manifestó belicosa aquella manía de los italianos que todavía no quieren hoy depender de familias alemanas.

Ello es que él vivió en paz como el otro y murió al volver de una cruzada en 1152.

Y de ahí las justas distinciones y las debidas complacencias del poder mundano con los prelados.

Luis el *Joven* había confirmado en 1144 la carta de las libertades de Beauvais, pero después su hermano entró de obispo en aquel distrito.

¿No habría sido ridículo é injusto que siendo el obispo hermano del rey hubiese apacentado ovejas con carta de franquicias?

Tanto lo habría sido, que el rey se apresuró á hacerles entregar la carta para que Beauvais hiciera un papel decoroso, aunque ciertos historiadores digan que lo hizo para satisfacer las tiránicas exigencias de su hermano.

Ese hermano del rey fué después arzobispo de Reims, y quería hacer con aquel rebaño lo mismo que había hecho con el anterior, lo cual prueba que el obispo era lógico.

Desgraciadamente aquellas ovejas topaban y oponían gran resistencia á ser despojadas de sus mundanos fueros.

«Apacentadnos, decían, en cuanto á lo del cielo, pero en materia terrenal, dejadnos pacer á gusto.»

El arzobispo, persuadido de que era hermano de Luis el *Joven* y de que el desordenado apetito de libertad es funesto á toda Iglesia, se empeñó en sacar triunfante la doctrina del Salvador, quitando las franquicias á sus súbditos para salvarles de las penas eternas.

Por esto se vió sitiado por los fieles en su humilde palacio y tuvo que llamar á Luis en su auxilio, el cual, persuadido de que su hermano no tenía razón, dice Bouquet, (*rex autem dolens, sed tamen fratris satisfaciens voluntati*) le auxilió mandando derribar cincuenta casas de los que eran cabezas de motín.

Porque ¡cosa singular! en aquel tiempo

se vió hasta á propietarios defendiendo la ínicua libertad contra los obispos.

Por cierto que en Auxerre el cristiano rey iba ya á atacar al obispo (que no era hermano suyo); pero comparando el beneficio que podía resultarle á Dios de su empresa con el beneficio que á él le resultaba de la cantidad que le entregó el obispo, dejó que el pastor apacentase á sus ovejas como mejor le pareciera.

En medio de lo que iban creciendo la fé y el respeto á las cosas de la Iglesia, convenía que el episcopado padeciera de cuando en cuando, y por esto el emperador Barbaroja fué visitado por dos legados del Papa, los cuales le hicieron saber que en territorio del imperio se había cometido el error de prender nada menos que á un obispo.

Y ahora recuerdo que el mismo emperador castigó al arzobispo de Maguncia porque en sus disputas con el conde palatino del Rhin, parecía como que turbaba la paz pública, y también al obispo de Ratisbona por haber subarrendado, es decir, por haber subinfestado ciertos feudos de su iglesia sin cumplir antes con la nimia formalidad de recibir el emperador los derechos de regalia.

Porque por supuesto que ya entonces eran los obispos señores feudales, mataban por su cuenta como tales señores, y era un beneficio del cielo para la pobre grey que un mismo amo pudiera diezmarle, primiciarle, absolverle y ahorcarle, sin tener que pasar de mano en mano para cada una de estas operaciones.

Y es oportuno decirlo ya que llega el caso: en ninguna parte era la justicia tan recta como allí donde el señor era un obispo.

Pruébalo un autor que tengo á la vista, manifestando que a fines del siglo XI era Laon una de las ciudades más importantes de Francia; como que Guiberto de Nogent la apellida la ciudad regia por excelencia.

El feudalismo había penetrado en la médula de la organización social; pero los obispos que rigieron la ciudad procuraron encaminar las cosas de manera que ni se mermara en un ápice la obediencia debida á la autoridad, que mana siempre de Dios, ni la barbarie de los señores laicos pudiese contaminar al sacerdocio.

De uno de esos obispos, tachado de poco humano por los ímpios, guarda la Historia el recuerdo de que condenó á muerte á un hombre que había censurado irreverentemente su conducta; mandó sacar los ojos á otro por sospechas de que estaba en tratos secretos con sus

(Continuad).